

EL PRINCIPIO DEL EDEN

CLARK CARRADOS

El principio del Edén

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/155

CAPÍTULO PRIMERO

La última gota de combustible de la pequeña astronave fue consumida por el motor auxiliar que desplegaba las patas de aterrizaje; después, el aparato se posó sobre tierra sin el menor choque, con toda felicidad, en absoluto silencio.

Durante unos momentos, la pequeña nave permaneció quieta, absolutamente inmóvil, como si en lugar de haber sido tripulada por algún ser con inteligencia, hubiera sido telecomandada a distancia. Era de forma lenticular, con una prominencia en la parte superior y central que parecía una semiesfera transparente, pero a través de la cual no se veía signo alguno de vida.

De repente, un trozo de la estructura del aparato se levantó hacia arriba. La escotilla oblonga se hallaba a la mitad del camino entre la cúpula visora y el borde afilado, y de su línea inferior partió una leve escalerilla de una docena de peldaños, cuyos travesaños verticales, terminados en punta, se clavaron firmemente en el suelo.

Un hombre apareció en la escotilla. Era joven, alto, apuesto, de gallarda figura y noble presencia, y vestía sencillamente, con unas ropas por completo adecuadas a la suave temperatura del lugar. Aquel hombre había nacido a muchos miles de años luz de distancia del planeta en que se hallaba, en otro conocido por el nombre de Tierra, y el suyo era el de John Kid Basehart.

Kid parpadeó al recibir de golpe en sus ojos la fuerte luz que emanaba

del sol que alumbraba el planeta en que ahora se encontraba. Después, habituadas sus pupilas a la brillante iluminación, se entregó durante unos momentos a un especulativo examen del panorama que le rodeaba.

El paisaje era muy ameno y le recordaba en un todo determinados lugares de su mundo natal. Árboles de frondosas copas, plantas y arbustos ornados de flores de brillantes colores y arroyuelos de frescas y transparentes aguas eran, junto con el verde césped que esmaltaba casi de continuo el suelo, los detalles más sobresalientes de la región que tenía a la vista. Una cadena de altísimas montañas, cuyas cimas estaban cubiertas de blanca nieve, se alzaba a una altura enorme hacia su derecha, en tanto que, por los demás lados, el suelo se deslizaba casi llano, sin otros accidentes que algunas suaves y poco prominentes colinas también cubiertas de verdor, que apenas alteraban la planicie del panorama.

Después de un buen rato de atenta observación, Kid lanzó un suspiro, en el que se advertía claramente la resignación.

—De modo que éste es el mundo que me han destinado como destierro —dijo, hablando para sí mismo, pero con voz apenas audible.

Respiró hondamente, sintiendo en su pituitaria delicados perfumes y extraños aromas, jamás percibidos hasta entonces, pero muy agradables. Luego, encogiéndose bruscamente de hombros; penetró otra vez en el interior de la navecilla.

Sin dejarse abatir por la desgracia, se dedicó de lleno al trabajo. Lo primero que hizo fue buscar una sólida mochila, cómoda de llevar a la espalda, en la que introdujo diversos utensilios que acaso podrían hacerle falta más adelante, todos ellos prácticos y de poco peso; puso también un cuchillo, de ancha y afilada hoja, que colgó de su cinturón, y después de haber añadido alguna lata de conserva y los imprescindibles útiles de aseo, salió de la astronave, deslizándose por la escalerilla hasta el suelo.

Estirándose sobre las puntas de los pies, alargó la mano derecha, tocando con el índice una pequeña prominencia que había junto a la escalera. Al instante se replegó ésta hacia arriba y cuando hubo desaparecido en el interior de la nave, la escotilla se cerró suavemente, en silencio.

Sin la menor pena, Kid volvió la espalda a la nave. Durante un par de

segundos permaneció quieto, inmóvil, vacilando mentalmente acerca de la dirección que iba a tomar, hasta que al fin, girando un cuarto a su derecha, se encaminó hacia la lejana cordillera, cuyas cimas se confundían con el cielo.

Caminó sin prisa alguna, deteniéndose donde le parecía bien y levantando su tienda para pernoctar en el lugar que más le acomodaba. En un principio se alimentó de las conservas que llevaba en la mochila, pero no tardó en darse cuenta de que aquel planeta, completamente deshabitado, poseía unas fabulosas reservas de alimento que impedirían de modo rotundo su muerte por inanición.

Mientras caminaba y ayudándose por su reloj, hizo algunas observaciones astronómicas. Apreció que el planeta donde se hallaba, aparte de su atmósfera y los detalles del suelo, era muy parecido a la Tierra en cuanto a sus relaciones orbitales con la estrella que le servía de sol. Así pudo saber que el día venía a tener unas veinticuatro horas, pero en cuanto a la duración de una vuelta completa del planeta en torno a su sol hubo de dejarlo para más adelante, cuando dispusiera del tiempo suficiente para la observación completa. De todas formas, el saber que la duración del día era casi igual que en la Tierra, le alegró bastante.

Otra cosa de las que apreció Kid fue que los animales que vivían en aquel planeta, al que por sus magníficas condiciones de vida bautizó casi inmediatamente con el nombre de Elíseo, no rehuían su presencia, antes bien parecían buscar su compañía y algunos de ellos, muy parecidos a los gamos y gacelas terrestres, le seguían a todas partes.

Este hecho le causó gran embarazo, sobre todo en las primeras ocasiones, cuando decidió dejar de lado la dieta de conservas. Allí, a la mano, aparte de las frutas dulces y jugosas que crecían por doquier, tenía alimento sin límites, pero a veces le resultaba muy duro tener que matar a alguna de aquellas pacíficas bestezuelas para utilizarlas como alimento.

Para que no acabaran huyendo de él, tomó la determinación de matar, aparte de estrictamente lo necesario para su vida, por la noche, cuando todo ser viviente estaba entregado al descanso. Además, enterraba cuidadosamente, procurando no dejar huellas de su labor, cuanto no le servía para comer. Conocía de sobra el hecho de que, en los primeros tiempos de la caza submarina, los aficionados habían causado tal estrago entre los peces con sus arpones, que habían llegado a vaciar de ellos por completo algunas regiones costeras de la Tierra.

Y Kid no quería que tal cosa le ocurriese con los animales de Elíseo, entre los cuales los había de todo tamaño y condición, algunos de formas y constitución bastante extrañas que, vistos en otras ocasiones, le hubieran hecho preguntarse si no estaba bajo los efectos de una pesadilla. Sin embargo, el mayor de ellos apenas si rebasaba el tamaño de un caballo terrestre y, cuando Kid vio uno que podía convenirle, pensó que podía aliviarle algunos trabajos y lo amaestró inmediatamente.

La bestia tenía la alzada de un caballo, aunque su forma era completamente distinta. Las patas, en número de cuatro, parecían las de un elefante, en tanto que su cabeza era larga y afilada, como si le hubieran injertado el pico de alguna ave gigantesca. No obstante, su aspecto sólo infundía temor la primera vez que se veía; después, Kid se dio cuenta de que era tan inofensivo como los gamos y gacelas que le acompañaban por todas partes, jugueteando y saltando en torno a él sin cesar.

Los días y las noches se sucedieron con pacífica monotonía. En alguna ocasión, Kid se encontró con un río de caudalosas aguas, limpias y transparentes como todas las de Elíseo, pero su montura, a la cual había dado el nombre de «Jenny», le pasó al otro lado sin mayor esfuerzo.

Un mes después de haber aterrizado en Elíseo, Kid llegó al pie de la cordillera. El joven no intentó siquiera llegar a la más baja de sus cimas, contentándose con mirarlas desde abajo y hacer un cálculo mental acerca de su elevación. El paisaje era completamente terrestre y por todas partes se veían corrientes de agua que regaban el suelo y producían una abundante vegetación que, no obstante, no llegaba a espesarse tanto como la de las selvas amazónicas.

La cordillera se perdía de vista en ambos sentidos y Kid se dijo que carecía de sentido el seguirla en una u otra dirección. Cuando emprendió el viaje que había de conducirle a Elíseo, ya le habían advertido que el planeta estaba totalmente deshabitado; al menos en lo que a seres humanos concernía. Y Kid ya se había convencido de ello, porque treinta días eran más que suficientes para haber encontrado algún lugar habitado, de haber existido. Elíseo era un planeta que reunía unas condiciones ideales para la vida y si no había visto el menor signo de ésta durante todo aquel mes, era pura tontería querer buscarla en cualquier otra dirección.

Sabiendo, pues, que tenía que pasar el resto de sus días en Elíseo, Kid se dispuso a acomodarse lo mejor posible. Era un Robinsón de las

estrellas, pero en mucho mejores condiciones de vida que las que había tenido el terrestre de la leyenda, y debía comportarse como éste. De nada le servirían -se dijo-, las lamentaciones; trabajar y buscar en el trabajo una continua distracción era lo que más le convenía, si no quería acabar perdiendo la razón al verse completamente solo en aquel mundo desierto de semejantes.

El tiempo fue pasando lentamente. Poco a poco, Kid hizo lo que todo náufrago ha hecho en condiciones semejantes. No se construyó una cabaña porque, habiendo encontrado una cueva limpia, fresca y acogedora al pie de la cordillera y junto a un arroyo de fluentes aguas, consideró más cómodo habitar la oquedad que no consumirse en un trabajo poco menos que inútil.

La cueva reunía condiciones ideales de vida. Tenía la entrada muy ancha y orientada al sol, de modo que carecía de humedad. Por otra parte, casi en el extremo opuesto a la entrada, a unos diez metros de ésta, había un largo y profundo orificio que comunicaba con el exterior, aprovechándose del cual instaló allí una chimenea, de magníficos resultados.

Además, el arroyo pasaba sólo a unos pasos de la cueva. La corriente de agua se remansaba de modo súbito en un ancho cuenco de unos treinta metros de diámetro por varios de profundidad, con lo cual Kid se encontró con una estupenda piscina que le sirvió tanto para el aseo personal como para practicar la natación, deporte al que, en la Tierra, Kid había sido muy aficionado. El depósito rebosaba por la parte superior formando una rumorosa cascada, cuyo monótono sonido arrullaba blandamente el sueño del joven durante las noches.

Kid eligió las proximidades de la cordillera, no tanto por gozar de un más variado panorama, como por conveniencia propia. Sabiéndose condenado a vivir el resto de sus días en un completo aislamiento, se dijo, y calculó bien, que le convenía hallar un clima lo más aproximado posible al de su planeta natal y, hallándose junto a la cadena de montañas, tenía la seguridad de que allí se producirían, en mayor o menor escala, las estaciones meteorológicas terrestres como así fue, en lo sucesivo. Para una corta estancia, el lugar donde había aterrizado, de inalterable temperatura, era ideal; para vivir siempre, a la larga resultaría perjudicial y él había nacido en un país con las cuatro alternativas anuales de temperatura y ambiente; por lo tanto, así debía ser mientras existiera.

En el arroyo descubrió también peces muy sabrosos, que coadyuvaron a variar su alimentación, al mismo tiempo que su pesca le sirvió como

deporte y entretenimiento. Hizo lo mismo que Robinsón: amaestrar algunos animales, aunque deploró no tener ningún compañero con el que dialogar, y así, poco a poco, casi sin sentido, el tiempo fue pasando tontamente, con una dulce monotonía sólo amargada por la absoluta soledad en que se hallaba.

Pasó el tiempo.

Quince años más tarde, Kid hizo una excursión. Montó en «Jenny» y se dirigió hacia la navecilla que le había traído hasta Elíseo.

Desde que se instalara al pie de la cordillera, no había vuelto al lugar de aterrizaje. Sintió deseos de ello en más de una ocasión, pero supo refrenarse a tiempo, temiendo un ataque de nostalgia que acaso pudiera acarrear graves consecuencias para su salud mental.

Sin embargo, en aquella ocasión, no lo pudo resistir. Había viajado mucho, recorriendo grandes extensiones de terreno e incluso haciendo algunos pinitos de alpinismo, pero nunca había vuelto a viajar en aquella dirección, el sur de Elíseo según la orientación de la estrella que lo alumbraba. Una fuerza irresistible le empujó y, llenando la mochila de lo más esencial, montó a «Jenny» y se dirigió hacia donde estaba la astronave.

Tardó algo menos que a la ida en llegar y al fin divisó el aparato en el mismo sitio, brillante, sin la menor mancha de óxido en su pulida superestructura, como si acabase de salir de la fábrica. No pudo evitarlo; un par de indiscretas lágrimas acudieron a sus pupilas y, dándose cuenta de la emoción que sentía al ver un objeto que, más o menos remotamente le relacionaba con su planeta natal, sorbió con rabia.

Desmontó y, estirándose, manejó el botón de apertura. La escalerilla se clavó en el suelo y Kid ascendió por sus peldaños, colándose de un salto en el interior de la nave.

Recorrió con la vista la cabina, en la cual se incluían tanto el puesto de pilotaje como las demás partes accesorias para un breve viaje interplanetario: literas, sillas, armarios, pañoles de víveres y municiones, estos últimos completamente vacíos, pantallas de observación... Todo, todo estaba tal como lo dejara quince años atrás, sin una mota de polvo, limpio, reluciente, como esperando la mano que, moviendo las palancas precisas, hiciera ascender la nave hacia el infinito.

Pero ¡ay!, esto no podía hacerlo Kid, porque, al aterrizar, había

consumido hasta la última gota de combustible. No podía hacer otra cosa que sentarse ante el puesto de mando y pasar sus dedos trémulos por la emoción por encima del teclado que, en condiciones normales, ponía el aparato en funcionamiento. Pensar que allí tenía el medio de poner fin a su soledad y que le faltaba el elemento vital para hacer funcionar la navecilla fue, después de tantos años, algo superior a sus fuerzas y, sin poderlo remediar, Kid escondió la cabeza entre las manos y lloró, lloró abundantemente y en silencio.

Hubo de pasar un buen rato antes de que Kid se serenase. No se enojó consigo mismo por lo que acababa de sucederle; antes al contrario, lo estimó cosa completamente lógica, pero al mismo tiempo se dijo que, para lo sucesivo, debía evitar todo incidente como el ya pasado. Si la cosa se repetía, acaso su intelecto acabara resintiéndose y lo que menos deseaba Kid era convertirse en una bestia con humana apariencia.

Se puso en pie y se limpió del revés las lágrimas que aún humedecían sus mejillas. Hecho esto, se dirigió al lavabo y, durante unos momentos, se contempló el barbudo rostro, lleno de un vello que había crecido libremente durante tres largos lustros.

En cualquier isla desierta de su planeta natal, el sol y las inclemencias atmosféricas hubieran convertido la piel de Kid en puro cuero, reseco y agrietado, pero allí, en Elíseo solamente había adquirido un suave tinte moreno sin que la epidermis perdiera la suave flexibilidad de los veinticinco años con que había empezado aquella vida. De pronto, le asaltó un deseo incontenible y, sin pensárselo mucho más, hurgó entre los útiles de aseo que aún se conservaban en la nave hasta hallar lo necesario para el afeitado.

Quince minutos más tarde, Kid contemplaba su rostro con infinito asombro. ¿Era su cara aquella que, con infinito pasmo, con los ojos dilatados por la estupefacción más absoluta, le estaba contemplando a través del vidrio azogado? Tenía que ser, pues estaba solo en la nave. Aquel rostro era el suyo, le pertenecía por completo.

Pero había algo que era lo que había motivado su asombro. Los rasgos de sus facciones no se habían alterado lo más mínimo en todo aquel tiempo transcurrido. A Kid le pareció haber llegado a Elíseo sólo veinticuatro horas antes y, durante unos momentos, la estupefacción que le había invadido, le impidió una clara coordinación de sus ideas.

En quince años, el rostro de un hombre, aun sin perder sus rasgos fisonómicos más característicos, adquiere otros que indican

claramente el paso de los años. En Kid no se daba aquel hecho, porque su cara continuaba siendo exactamente la misma que cuando llegara al destierro, sin una arruga, sin un surco, sin el menor detalle, ni aun siquiera una sola cana en sus sienes, en fin, que denotara su edad actual: cuarenta años según el cómputo terrestre.

Poco a poco, la idea de lo que le estaba pasando, fue introduciéndose en su cerebro hasta estallar en él con la violencia y el estruendo de una tormenta tropical.

Sin poderlo evitar, retrocedió un par de pasos, lanzando un fortísimo aullido.

—¡No, no! —gritó, y su voz rebotó en múltiples ecos por el interior de la nave.

Estaba desesperado.

En Elíseo no se envejecía.

Esta fue la idea que se formó, de modo cegador, fulgurante, en el cerebro de Kid. O si se envejecía, era de un modo tan lento, que en quince años no podía advertirse el menor síntoma fisiológico del transcurso de los años.

Era cierto que Kid se había notado fuerte y ágil en todo momento, pero esta misma fortaleza y agilidad las había achacado a su vida constante al aire libre, sin cesar de hacer un continuo ejercicio, al mismo tiempo que se alimentaba de un modo totalmente sano, sin manjares complicados que dejasen rastros de toxinas alimenticias en su organismo. Mas le había sido necesario contemplarse, sin barba, en un espejo, para darse cuenta de la aterradora verdad.

Porque era una aterradora, espeluznante verdad, que su destierro, su solitaria existencia, en lugar de desarrollarse durante el plazo normal de la vida de un hombre, se duplicaría ahora, o acaso se triplicaría; esto no lo podía saber Kid. Y si ya era desolador el panorama de tener que vivir solo en Elíseo durante cincuenta o sesenta años más, pensar que tal vida debía durar ciento cincuenta o doscientos, era algo insoportable y que durante larguísimo rato torturó implacablemente la mente de Kid, llevándole al borde de la locura.

Pero era joven y fuerte y consiguió reponerse. Cuando, después de varias pruebas más, se convenció de que aquellos quince años en Elíseo habían sido apenas tres o cuatro de los de la Tierra, no perdió mucho más tiempo en quedarse allí. Empaquetó cuantas cosas pudo,

muchas más que antes, puesto que contaba con la ayuda de «Jenny», tras de lo cual, y prometiéndose no regresar jamás a aquel lugar, para no tener que ver nada que le recordara la Tierra, emprendió de nuevo el camino a su cueva.

Trató de conformarse con su suerte.

Le costó mucho sobreponerse a aquel rudísimo golpe. En cualquier otra circunstancia, saber que la vida en Elíseo duraba el triple que en cualquier otro planeta, debido Dios sabía a qué misteriosas circunstancias de tiempo o ambiente, le hubiera causado infinita alegría. Ahora, por el contrario, lo que sentía era una honda tristeza, sabiendo que su soledad se iba a prolongar mucho, muchísimo tiempo más.

Cuando ocurrió el incidente del espejo, la primavera estaba en su mitad. Con los objetos que Kid había tomado de la nave, acondicionó aún mejor su gruta, cosa que hizo más por distracción que porque realmente lo necesitara. Y así, procurando hacerse a la idea de una vida dilatadísima, puesto que en su imaginación jamás había entrado la idea del suicidio, llegó el otoño y con él la estación de las lluvias.

Aunque llovía en abundancia, no hacía, sin embargo, el suficiente frío como para que Kid cerrara por completo la entrada de la cueva, tal como tenía por costumbre hacer en el invierno. Había cenado ya y se entretenía acariciando la cabeza de su gacela favorita cuando, de pronto, vio una estela de fuego en el cielo.

Kid no le concedió la menor importancia, suponiendo que acaso sería, al igual que en la Tierra, una estrella fugaz, un meteorito incendiado por el violento roce con la atmósfera. Continuó en su melancólica actitud y un cuarto de hora más tarde vio otra raya de fuego exactamente igual a la anterior y en la misma dirección.

La segunda estela encarnada le sobresaltó y le hizo ponerse en pie instantáneamente. ¡Aquello no era un meteorito!

No podía serlo, por la sencilla razón de que las estrellas fugaces sólo se advierten sobre las capas altas de la atmósfera, y si, en realidad, se trataba de un auténtico meteorito, ¿cómo iba a verlo, teniendo sobre su cabeza, a menos de quinientos metros de altura, un espesísimo banco de nubes del que se volcaba continuamente una densa y rumorosa catarata de agua?

Todo su cuerpo se estremeció violentamente. Tembló de pies a cabeza ante la posibilidad de que aquellas estelas hubieran sido dejadas por

los chorros de alguna nave en trance de aterrizar en Elíseo. Estuvo a punto de echar a correr, pero se contuvo casi al momento, pensando en que la distancia era larga y que llovía intensísimamente. Decidió dejarlo para el día siguiente, en que, aprovechando la luz solar, podría trasladarse al punto supuesto donde habían aterrizado aquellas naves.

La excitación fue tan grande, que no se atrevió a tumbarse en el lecho, sabiendo que le sería imposible conciliar el sueño. Pero, a última hora, sin casi apercibirse de ello, dobló la cabeza sobre el pecho y el sueño, derrotándole, cerró sus párpados. Los abrió horas más tarde, no porque la luz del día le despertase, sino porque, aun en sueños, había sentido una presencia extraña no lejos de él. Unos momentos más tarde, Kid veía, por primera vez, en quince años, unos seres humanos que, caminando a través de la espesa cortina de lluvia, se dirigían rectamente hacia la cueva.

CAPÍTULO II

De muy buena gana Kid hubiera echado a correr hacia los recién llegados; pero de repente, observó algo en ellos que hizo contener sus deseos de efusión.

Eran tres los hombres que venían, todos de buen porte, avanzando impertérritos a través de la densa cortina de lluvia que, junto con la cerrada capa de nubes, ponía un tono gris al ambiente matinal. Sin embargo, aquellos individuos no se mojaban.

Kid comprobó estupefacto el hecho, dándose cuenta de que sus ropas permanecían completamente enjutas, como si en vez de caminar bajo una catarata de agua, lo hicieran a pleno sol. Unos pasos más y entonces advirtió la causa de tan extraño fenómeno.

Los desconocidos estaban rodeados, de pies a cabeza, de una especie de halo débilmente luminoso, apenas perceptible, que, conformándose en un todo a los detalles anatómicos de su cuerpo, les envolvía totalmente, quedando a una distancia de unos diez centímetros de su epidermis. El asombro de Kid fue evidente cuando, ya más próximos, vio las gotas de agua resbalar al chocar con aquella envoltura inmaterial que seguía exactamente todos y cada uno de los movimientos del cuerpo que rodeaba.

Después se fijó en las vestimentas de los desconocidos. Iban equipados de manera muy parecida, aunque el del centro, que parecía ser el jefe, vestía con más lujo que los demás. A Kid le recordaron vagamente los grabados que había visto en su niñez de los antiguos griegos o romanos, y hasta incluso llevaban una ancha y corta espada pendiente del costado izquierdo, además de un casco rematado en un par de alas de rara factura.

Todavía había otro detalle más, y era una especie de ancha banda de metal plastificado o material similar, que les cruzaba el pecho en diagonal, de izquierda a derecha, y en el centro de la cual y adherida a la misma, se veía una larga cajita negra, con varios diales e indicadores cuyo objeto, de momento, no supo adivinar el joven. Los dos individuos de las orillas eran portadores, en el lado derecho, de una extraña varilla de unos dos centímetros de grueso por cincuenta de largo, con un par de botones de control en la parte superior, que indudablemente debía ser la empuñadura.

Este examen, del cual no perdió Kid el menor detalle, lo hizo en contados momentos, en tanto los desconocidos se acercaban a la entrada de la cueva. Cuando estuvieron a dos pasos de él, levantó la mano derecha, con la palma vuelta hacia afuera.

—Bienvenidos, amigos —dijo.

El hombre que parecía mandar en el trío lo escrutó investigadoramente a través de sus pupilas, claras y frías como sendos bloques de hielo, y luego, al oír las palabras del joven, manipuló en la cajita que le pendía del hombro izquierdo. Después habló:

—¿Quién eres tú?

Kid se dio cuenta que el sonido de la voz de su oponente le llegaba a los oídos con una pequeñísima fracción de retraso. No le costó mucho adivinar que el desconocido estaba hablándole a través de un traductor automático y, tranquilizado al respecto, sonrió:

—Mi nombre es John Basehart, pero todo el mundo me conocía por Kid. Podéis llamarme así, si os place. Y además os diré que he nacido en Tierra, Sistema Solar, Constelación del Centauro.

El desconocido no se inmutó.

—¡Ah, un centaurino! —dijo y luego, bruscamente, preguntó—: ¿Dónde está Karlen?

Kid parpadeó, asombrado.

—¿Karlen? No le conozco. En mi vida he oído ese nombre. ¿Quién es?

—¿Estas seguro de que no la has visto?

—¿Eh? —empezó Kid a comprender—. ¿Karlen… es una mujer?

—No te hagas el desentendido —le dijo el otro—. Dinos dónde está Karlen y te evitarás muchos inconvenientes.

Al oír estas palabras, Kid se puso en guardia. En el fondo de su alma sintió infinito que los primeros hombres a quienes avistaba después de tres lustros de absoluta soledad, vinieran a él con intenciones agresivas. No obstante, trató de contemporizar.

—Ya os digo que no sé quién es, ni que jamás he visto a esa Karlen. Vivo solo en este planeta, al cual me desterraron mis compañeros hace más de quince años, y durante todo este tiempo he permanecido absolutamente solo. Por lo tanto, mal he podido ver…

El jefe de los recién llegados hizo una seña con la mano. Sus dos acólitos, que habían permanecido prudentemente retirados un par de pasos más atrás, avanzaron hasta colocarse a su altura.

—Nerdel, Tovik, registradlo todo minuciosamente.

—Sí, Basall —contestaron los esbirros estólidamente.

Pasaron a ambos lados de Kid, sin concederle siquiera el favor de una mirada y luego se adentraron en la cueva.

Los ánimos de Kid se encresparon.

—¡Eh, amiguitos, poco a poco! —exclamó—. ¿A quién diablos habéis pedido permiso para registrar lo que no os pertenece? ¡Fuera de aquí!

El joven intentó volverse para hacer retroceder a los esbirros por la fuerza. No les había visto pistolas y estaba seguro de no salir vencido en una lucha corporal, sobre todo si empleaba ciertos trucos terrestres que muchos pueblos de la Galaxia ignoraban. Pero no había girado totalmente el cuerpo cuando, de repente, un terrible latigazo le hizo estremecerse de arriba a abajo, derribándole por tierra semiinconsciente.

Kid sacudió la cabeza, tratando de despejar las brumas que cubrían sus pupilas. Miró hacia Basall, advirtiendo que, a su vez, éste le

contemplaba con una sardónica expresión retratada en el semblante. Basall no había tocado ninguna de sus armas y, sin embargo, le había derribado por tierra con toda facilidad.

¿A qué se debía tal fenómeno? Kid lo supo enseguida cuando Basall, avanzando su pie derecho, tocó el suyo. Mejor dicho, no llegó a tocarlo, puesto que fue el halo que envolvía al recién llegado el que entró en contacto con la extremidad del joven.

Kid se retorció en el suelo, acometido por un epiléptico calambre. La piel se le cubrió de un sudor frío al comprender que aquello que le estaba sucediendo era ni más ni menos que las consecuencias de una descarga eléctrica.

—Te conviene hablar, Kid —dijo Basall guturalmente—. Dinos dónde está Karlen y te dejaremos en paz.

Con el cuerpo todavía acalambrado, lleno de una lógica rigidez, Kid trató de incorporarse, consiguiéndolo sólo a medias.

—No sé quién es esa Karlen ni jamás la he visto en mi vida —repuso, jadeante.

Basall se inclinó hacia él, los ojos llameantes de furia. Kid vio moverse los labios de su oponente y luego, medio segundo más tarde, percibió el duro sonido de su voz.

—¡Mientes, perro!

—¿Por qué habría de mentirte? ¿Qué interés habría de obtener con ocultarte a una persona que no conozco y a la cual no he visto en mi vida?

Antes de que Basall pudiera hablar, sus dos secuaces regresaron junto a él.

—Desde luego —dijo uno de ellos, Tovik—, aquí no hay el menor rastro de Karlen. Todo cuanto hay lleva el sello característico de los utensilios fabricados en Centauro, pero no hay nada que, ni remotamente, pueda señalar el paso de la mujer.

Las ardientes pupilas de Basall contemplaron al caído Kid.

—Ya me lo esperaba —dijo—. Ella es muy astuta y este centaurino no parece tonto. Nos llevaba algo de delantera y es muy capaz de haberle advertido de que era perseguida, escondiéndose luego por algún lugar

próximo a esta cueva. ¿Dónde está Karlen, Kid?

El joven meneó la cabeza por enésima vez.

—Te digo que no la he visto ni la conozco, Basall. Yo...

Una fría sonrisa de desdén se dibujó en el rostro del aludido. Movió la mano derecha y dijo:

—Nerdel, Tovik, desatadle la lengua.

Kid se estremeció, intuyendo Dios sabía qué terrorífico tormento. Intentó levantarse, para no ser torturado sin lucha, pero bastó que el pie de Basall se le aproximara, para lanzarlo de nuevo, gimiente y estremecido, por tierra.

Los dos esbirros sacaron a una aquellos extraños bastones que se advertían en la empuñadura y, al instante, con seco chasquido, cada bastón se desplegó en línea recta, adquiriendo una longitud cuádruple de la normal. Hubo luego otra presión y una bolita de fuego blanquecino apareció en la aguzada punta de los bastones.

Espantado, Kid se arrastró por el suelo, intentando huir de aquellos diabólicos instrumentos. Pero, de súbito, su espalda chocó contra la pared y se detuvo allí, castañeteándole audiblemente la dentadura a causa del horror que sentía.

Tovik y Nerdel se le aproximaron, sonriéndole desagradablemente al otro extremo de los bastones. Los dos esbirros le acercaron los artefactos a la piel y, cuando le tocaron ésta, Kid sintió que un intolerable dolor le recorría todo el organismo.

El joven arqueó su cuerpo en una tetánica sacudida, lanzando inarticulados gritos de dolor, al mismo tiempo que arrojaba espuma por la boca, cuyos labios habían adquirido en un instante un tinte lívido. Otro toque más con aquellas bolitas de fuego y creyó enloquecer.

El dolor le penetró a través de la epidermis, subiéndole en rapidísimos espasmos hasta el cerebro, que pareció arderle como si bajo los huesos del cráneo le hubieran encendido una hoguera. Se retorció sobre sí mismo, lanzando espumarajos y pronunciando palabras completamente ininteligibles.

En medio del dolor que sentía y de la inconsciencia que el horrendo tratamiento le causaba, supo vagamente que aquellos bastones le

afectaban exclusivamente al sistema nervioso. Se dio cuenta de que si se prolongaba la cosa mucho, acabaría loco, si no muerto y, reuniendo sus últimas fuerzas, en un intento desesperado, trató de levantarse para arrojarse contra sus enemigos.

Pero no pudo. Nuevamente las bolas de fuego tocaron su epidermis y otra vez se desplomó, retorciéndose epilépticamente sobre sí mismo, apenas sin otro conocimiento que el de una bestia herida. Gritó y rugió de dolor, consiguiendo con esto únicamente provocar las risas de sus atormentadores; arañó el suelo, haciéndose sangrar las yemas de los dedos en sus espasmódicas convulsiones.

Tenía el cuerpo cubierto por completo de sudor y las ropas empapadas, pero esto él no lo notaba. Durante unos minutos más, el tormento prosiguió hasta que, al fin, todo su sistema nervioso quedó embotado, absolutamente insensible al dolor. Entonces fue cuando Basall dijo:

—Acaso tenga razón este centaurino y no haya visto a Karlen. Tratamiento inverso —ordenó secamente.

Los esbirros tocaron otro botón del mango de sus bastones y al instante la bola blanca cambió a verde. Rozaron con ésta la piel de Kid y, de un modo brusco, el dolor huyó del organismo del joven, concediéndole al mismo tiempo una infinita sensación de alivio y la vuelta a la normalidad consciente.

Pero no podía moverse aún; tenía el cuerpo rígido y envarado y se sentía, además, infinitamente cansado. Lo único que consiguió fue arrimar la espalda a la pared, quedando sentado a medias, jadeante, sin recobrar el ritmo habitual de la respiración.

—Parece ser que dices la verdad, Kid —observó pensativamente Basall —. No obstante, Karlen tarde o temprano acabará por venir aquí. ¡Tovik!

—¿Sí, Basall? —asintió el esbirro.

—Te quedarás aquí, vigilando a este centaurino. Nosotros dos vamos a proseguir la búsqueda.

—Muy bien, Basall.

—Ya te avisaremos de lo que ocurra o volveremos a recogerte. Pero es tu cabeza la que me responde de este tipo, ¿entiendes?

Tovik soltó una agria risotada.

—Puedes irte tranquilo, Basall. Cuando vuelvas aquí, estaremos el centaurino y yo.

Basall asintió sin pronunciar una sola palabra más. Luego, seguido por el otro acólito, dio media vuelta, adentrándose en la lluvia, cuya espesa cortina les ocultó a los pocos momentos.

El tiempo empezó a pasar lentamente. Sentado en el suelo, Kid pensó en la amarga ironía que suponía que los primeros congéneres que viera en quince años, en lugar de auxiliarle, se hubieran entretenido en atormentarle sin que él conociera exactamente los motivos. Meditó también acerca de la conveniencia de entablar una lucha personal con Tovik, pero, sintiéndose tremendamente débil y respetando además las armas del esbirro, decidió aguardar un poco más de tiempo.

Para entretenerse, dirigió la palabra a su custodio.

—Basall ha dicho que volverá. Si lo hace y no ha encontrado a esa tal Karlen, ¿cuál será mi suerte?

Tovik le arrojó una oblicua mirada, con aire especulativo.

—Eres joven y fuerte y harás, sin duda, un magnífico papel en los juegos circenses de Athedar.

Kid parpadeó, creyendo haber oído mal.

—¿Juegos circenses de… Athedar?

—Así es, centaurino.

—No lo entiendo.

—Ni falta que te hace. Cuando te llegue el momento de actuar lo verás.

Kid empezó a intuir algo terrible. Sabía de las costumbres bárbaras de algunos de los pueblos de la Galaxia, los cuales, pese a su aparente civilización, estaban, en algunos sentidos, tan atrasados como los ciudadanos de la Roma del Imperio de los Césares. Se vio vendido como esclavo, pero se prometió a sí mismo luchar hasta el fin antes de rendirse.

Para ello no encontró mejor medio que reponer sus fuerzas. Y además decidió que, en todo momento trataría a su custodio como lo que era:

un esbirro, un verdugo a sueldo o, acaso lo que era peor, por afición.

—Oye, tú, bestia —le dijo—. ¿Te importa que coma algo? Después de las brutalidades que habéis cometido conmigo, ¿no crees que necesito reponerme un poco?

Tovik le miró con ojos desprovistos de expresión.

—Haz lo que te dé la gana —murmuró—, siempre que no cruces el umbral de esta cueva.

—No tengo ganas de mojarme —dijo Kid, poniéndose de pie con infinitos esfuerzos y caminando hasta el lugar donde tenía sus provisiones.

Acuclillado junto a la chimenea, en tanto las llamas calentaban un recipiente con agua, recapacitó acerca de los increíbles acontecimientos de que había sido protagonista personal tan sólo unos momentos antes. Quince años había vivido como un Robinsón de la Galaxia y, de repente, aquella soledad había sido rota por tres desconocidos, quienes, después de interrogarle acerca de una mujer para él desconocida, le habían torturado hasta la saciedad. ¿Qué misterio se encerraba detrás de todo aquello?

Una hora más tarde se había preparado un sustancioso caldo que reanimó notablemente sus fuerzas. Masticó, distraídamente, un par de frutas y, al acabar, se puso en pie, advirtiéndose bastante más aliviado.

Entonces ocurrió algo raro, completamente inesperado.

Un sonoro bramido se oyó en el exterior, al mismo tiempo que unas fuertes pisadas estremecían la tierra.

Kid y Tovik miraron simultáneamente hacia el exterior. El esbirro, que estaba justo bajo el dintel de la entrada, adquirió súbitamente una temerosa expresión de alarma.

El joven intentó averiguar lo que ocurría, pero antes de que pudiera dar un paso, Tovik, extendiendo su bastón neurónico, salió fuera, gritando algo que el joven no podía entender. El rugido se repitió, atronador.

Los ojos de Kid se dilataron al reconocer a «Jenny», enloquecido, cargando furiosamente contra el esbirro. El animal, de talla relativamente poco alta, pero pesado como un rinoceronte, galopó

frenéticamente hacia Tovik.

Éste intentó detenerlo mediante el uso de su bastón neurónico, pero lo mismo hubiera sido intentar detener una astronave con un tirachinas. «Jenny» cayó sobre Tovik, arrollándole con toda facilidad. El individuo lanzó un agudísimo grito de espanto, grito que fue cortado bruscamente cuando una de las pesadas patas del animal le aplastó el rostro.

A continuación, «Jenny», deteniendo su galope, giró en redondo y se inclinó sobre el caído. Lo tomó con sus fuertes dientes y galopó hacia el estanque, bajo cuyas aguas se hundió como si fuera un plomo. El animal trompeteó estrepitosamente, como si quisiera pregonar a los cuatro vientos su victoria. Luego, reparando en Kid, clavó en éste sus pupilas inflamadas de un salvaje deseo de matar, y rugió, disponiéndose a abalanzarse sobre el joven.

—¡No, «Jenny», no! ¡Soy yo! ¿No me reconoces? ¡Quieto, quieto ahí!

Pero la bestia enloquecida no hizo el menor caso de sus gritos. A pesar de su enorme volumen, se movía con la agilidad de una ardilla, y Kid supo que no podría escapar del furioso ataque de «Jenny», a no ser que ocurriese un milagro. Y el milagro sucedió.

Una persona saltó inesperadamente al centro de la escena, llevando en la mano uno de aquellos bastones que Kid conocía tan bien, y en cuyo extremo se veía la luz verde. Bastó un leve toque sobre la dura piel de «Jenny» para que la bestia se detuviera en seco.

Respirando con infinito alivio, Kid se volvió hacia aquella persona que, de modo tan inesperado como providencial, acababa de salvarle la vida y no hizo falta oír su nombre para saber que se encontraba en presencia de Karlen.

CAPÍTULO III

Lanzó «Jenny» un desdeñoso resoplido y, volviendo la grupa, se alejó trotando a través de la cortina de agua. Entonces, al verse en seguridad, Kid pudo contemplar con tranquilidad a la mujer que tenía delante.

Karlen era alta, delgada y esbelta, pero no débil. Tenía los cabellos castaños, ahora lacios y caídos a ambos lados del rostro a consecuencia del agua que los empapaba y sus garzos ojos le miraban con innegable curiosidad. Vestía una especie de túnica que, completamente mojada, se amoldaba por completo a las finas líneas de su cuerpo y que le llegaba hasta unos centímetros por encima de las rodillas, advirtiéndose en ella algunos rasgones, uno de los cuales dejaba al descubierto un redondo hombro de ebúrnea piel. El cutis era muy blanco, pero lleno de vitalidad, cosa que era demostrada por el delicioso tono rojo de sus labios, en los cuales no se advertía afeite alguno.

Kid calculó que la joven podría tener unos veinticinco o veintiséis años terrestres todo lo más, y así mismo la advirtió inerme, con excepción del terrible bastón neurónico que portaba aún en su mano.

—Gracias por haberme salvado la vida —dijo, después de su rápido pero escrutador examen—. Me llamo Kid —añadió, juzgando, de momento, innecesario dar más detalles.

Ella sacudió la cabeza y habló también, pero Kid no entendió ninguna de las palabras que Karlen pronunciaba en un tono armonioso y cálido. El joven se encogió de hombros, tratando de darle a entender que no conocía su idioma.

La mímica de Karlen fue harto expresiva. Se cruzó con la mano el pecho de arriba a abajo y de izquierda a derecha y luego señaló el estanque, bajo cuyas aguas yacía el cadáver de Tovik. Kid sonrió ahora y asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo—; ya sé lo que quieres.

Sin más dilación, se encaminó hacia el estanque y, despojándose de parte de sus prendas, se zambulló en el líquido, buceando hasta el fondo.

Encontró el agua bastante fría, pero esto no fue suficiente para arredrarle. Necesitó varias intentonas más para dar al cabo con el cuerpo de Tovik, al cual despojó de la banda traductora; enseguida regresó a paso de carga hacia la cueva.

Karlen no había perdido el tiempo mientras tanto. Había reavivado el fuego y se estaba secando junto a las llamas de la chimenea, las cuales esparcían un grato calorcillo en el ambiente. Le sonrió agradecida y luego, colgándose del hombro la banda, manipuló en uno de los diales.

—¿Me entiendes ahora? —preguntó.

—Perfectamente —contestó el joven, dando su nombre. Luego preguntó—: De modo que tú eres Karlen, ¿eh?

—Así es. He visto que te tenían prisionero, Kid. ¿Por qué?

El joven se volvió de espaldas al fuego para secarse la parte posterior de sus ropas.

—Vinieron tres tipos: Basall, Nerdel y ése que ha muerto, Tovik. Me preguntaron si te había visto y, no creyendo mis negativas, me torturaron hasta que se convencieron de que decía la verdad. Entonces Basall se fue con Nerdel, dejando al otro como vigilante.

—Parte de lo que has contado lo he visto por mí misma —dijo ella reflexivamente—. Pero no quise intervenir hasta no estar segura de que Basall y el otro no estaban a suficiente distancia de aquí.

La luz de la comprensión iluminó entonces el cerebro de Kid.

—Así, pues —dijo, estupefacto—, tú fuiste la que enloqueció con ese condenado bastón a «Jenny».

Ella sonrió.

—Sí, por cierto. Y creo que la cosa no salió mal del todo, ¿verdad?

—Pues... no, claro que no —dijo Kid, estremeciéndose aún al pensar en lo cerca que había estado de morir aplastado por las anchas patas de «Jenny». Luego añadió—: Sería muy conveniente que te alejaras de aquí, Karlen; Basall podría volver y...

La muchacha hizo con la mano un ademán ambiguo, al mismo tiempo que se sentaba frente al fuego con actitud pensativa.

—Basall y su secuaz tardarán mucho en volver por aquí, si es que vuelven todavía. Ése no es problema que, por el momento, me preocupe mucho, Kid.

Karlen guardó unos momentos de silencio, que el joven respetó, a pesar de que tenía en la punta de la lengua una infinidad de preguntas que deseaba hacerle. De pronto, la muchacha inquirió:

—¿De dónde eres tú, Kid?

—De Tierra, Sistema Solar, Constelación del Centauro.

—Ah —dijo ella, añadiendo casi a renglón seguido—: Una vez estuve allí. Un planeta muy divertido.

—No está mal del todo —contestó Kid con un irreprimible suspiro de añoranza.

—¿Hace mucho tiempo que faltas de Tierra, Kid?

—Mas o menos, quince años, Karlen.

—¡Quince años! —exclamó ella, estupefacta—. Entonces ¿cuántos tienes?

—Alrededor de cuarenta, Karlen.

Los ojos de la muchacha se dilataron estuporosamente.

—No es posible; no puedo creer que hayas podido vivir quince años seguidos en este planeta.

Las palabras de la muchacha extrañaron sobremanera a Kid.

—¿Por qué? Te aseguro que, salvo la soledad, en todo ese tiempo no he visto a nadie, lo he pasado estupendamente.

—¿Es... cierto lo que dices, Kid? —dijo ella, poniéndose en pie repentinamente. El joven advirtió el rápido jadeo del seno de Karlen, debido, sin duda, a encontrados sentimientos, uno de los cuales, posiblemente el mayor, era el de la duda—. ¿Has podido vivir todo este tiempo? ¿No has sido atacado por bestias feroces o por terribles fieras que devoran a todo el desgraciado que sufre el infortunio de llegar aquí?

En un principio, Kid, al escuchar el chorro de frases de Karlen, la miró creyéndola loca; pero una más atenta observación, le dijo que todo aquello había sido pronunciado de la más absoluta buena fe.

—Oh, no —se echó a reír, muy complacido—. Por el contrario, en todo ese tiempo, mi aspecto físico no ha cambiado. No sé qué maravillosas propiedades tiene este planeta, pero lo cierto, y lo digo por propia e irrefutable experiencia, es que aquí la existencia se prolonga dos o tres veces más de lo normal. Tengo unos cuarenta años terrestres, desde luego; pero mi físico, mi constitución, mis órganos, son los de un joven de veinticinco o veintiséis en un planeta de condiciones temporales normales.

Karlen se sentó de nuevo, completamente anonadada.

—Ahora lo entiendo —murmuró en voz baja para sí misma.

—¿Qué es lo que entiendes, Karlen? —inquirió Kid.

Ella sacudió sus largos cabellos castaños, que parecían dorados al reflejar las llamas.

—No es nada de particular, Kid. Sólo que... tus palabras destruirán una vieja superstición en mi país.

—Desde luego —volvió a reír el joven—. Aquí no hay nada más feroz que el aburrimiento. Elíseo...

Karlen miró intrigada al joven.

—¿Elíseo? ¿Qué quieres decir con esto, Kid?

—Elíseo es el nombre que puse yo a este planeta cuando llegué a él, al observar sus ideales condiciones de vida. En Tierra llamamos Elíseo, o Edén, a un lugar como éste, donde la vida es fácil, sencilla y apacible, sin luchas ni complicaciones, y donde todos los seres vivientes, inteligentes o no, viven en perfecta armonía los unos con los otros, sin atacarse ni devorarse jamás. Y después, cuando pude ver en mí mismo que la existencia se prolongaba mucho más aquí que en ningún otro cuerpo celeste habitable, juzgué que el nombre de Elíseo era aún más apropiado que al principio.

—Acaso tengas razón —dijo ella, pensativamente, y Kid se dio cuenta de que hondas preocupaciones, que no podía desterrar por más esfuerzos que hacía, se albergaban en la mente de la muchacha.

Tenía ya secas las ropas y la noche se aproximaba. Kid se dijo que era hora de preparar la cena y empezó a trastear por allí, contemplado curiosamente por la muchacha.

—¿Cómo fue que viniste a parar aquí, Kid? —inquirió ella de repente.

El joven se acuclilló junto al fuego. Sin mirarla, respondió:

—Era el capitán de una cosmonave mercante. Mi tripulación se amotinó, dirigida por el tercer oficial y a última hora conseguí salvar la vida, a cambio de aceptar un destierro eterno en el planeta más cercano que teníamos: éste.

—¿Sabían tus hombres que Elíseo estaba desierto? —inquirió Karlen,

horrorizada.

—Alguno debía de saberlo, puesto que pasamos de largo por otro planeta más cercano al lugar del motín, encaminándonos derechamente a éste. Cuando nos encontramos a una prudente distancia, me soltaron en una navecilla auxiliar, dotada de los elementos más imprescindibles para la vida, y con sólo el combustible justo para el aterrizaje. Después... bien, ya hace quince años de aquello y casi lo he olvidado —suspiró el joven.

Karlen calló también, contemplando distraídamente las operaciones que Kid efectuaba para preparar la comida. Al cabo de un rato, el hombre preguntó:

—Y a ti, ¿por qué te perseguían? ¿Cuál era la finalidad de Basall y los suyos al intentar atraparte?

Karlen se estremeció, saliendo del ensimismamiento en que había caído.

Después de unos breves momentos de vacilación dijo:

—Basall es el más fiel esbirro de Worszer, el emperador de Athedar. Y Worszer quiere casarse conmigo.

—Sin duda es viejo, calvo y barrigón, ¿eh? —sonrió Kid.

—Oh, no —contestó ella—, nada de eso. Tendrá... poco más o menos tu edad; alto, apuesto y terriblemente ducho en el manejo de toda clase de armas, además de infernalmente astuto.

—Bueno, pues si Worszer reúne todas esas cualidades, no está tan mal como para no convertirse en la emperatriz de Athedar. No hace falta que le ames ciegamente; un poco de cariño y un mucho de comprensión podrían hacer milagros, Karlen.

Los ojos de la muchacha centellearon repentinamente.

—No hay milagro —dijo con tono duro— que pueda haberme olvidar el hecho de que Worszer es el asesino de toda mi familia, Kid.

El joven respingó.

—¡Diablos! —exclamó—. Karlen, eso que me estás contando es muy serio.

—La verdad pura y simple, Kid. Por eso huí antes de convertirme en la

esposa de un hombre al que odio con todas las fuerzas de mi corazón.

—Un mal asunto, realmente, si Worszer exterminó a tu familia. Pero él sabe que estás aquí y, si tiene empeño en hacerte su esposa, enviará gente suficiente como para no dejar rincón de Elíseo, por pequeño que sea, sin registrar.

—Ya había contado con ello, Kid —contestó ella sorprendentemente, y el joven la miró extrañado.

—¿Que es lo que tratas de insinuar? —dijo.

—Mi nave está destruida, Kid.

—Y la mía carece de combustible, de modo que... ¿Qué le pasó a tu nave?

—La destruí yo misma, al aterrizar. Un ademán completamente estúpido dictado por la ira más que por el raciocinio. Pero esto ya no tiene remedio.

—Por supuesto que no, Karlen. Ni tampoco el hecho de que mi aparato carezca de un solo gramo de combustible, lo que lo convierte en un trozo de metal más o menos bonito, según se mire.

Karlen asintió distraídamente. Luego dijo:

—Dentro de un mes empiezan los juegos circenses en Athedar —y de repente calló, pero aquella frase, coincidente en un todo con la que Kid había oído a Tovik, llamó poderosamente la atención de éste.

—¿A qué juegos circenses te refieres, Karlen? Me gustaría que me lo explicases.

—Cada determinado tiempo, en la fiesta anual de Athedar, se organizan unas grandes fiestas que duran un mes largo, durante cuyo lapso todo el mundo se dedica al descanso y la diversión...

—Y los juegos, naturalmente, serán la máxima atracción del programa, ¿verdad?

Karlen asintió. El joven siguió preguntando:

—Oí decir al esbirro de Basall que me llevarían como esclavo para venderme y así hacerme participar en tales juegos. ¿Es que todavía existe en tu Athedar la esclavitud, Karlen?

—¡Naturalmente! Los esclavos son los que desempeñan el principal papel en los juegos. Los que sobreviven…

Kid no pudo contenerse e interrumpió a la muchacha, con los ojos dilatados por el espanto.

—¿Los… que… sobre… viven? —tartamudeó, empezando a comprender.

—Exactamente —contestó ella, sin darse cuenta de lo que le ocurría al joven—. Los que tienen la habilidad o suerte suficientes para salir con vida de los juegos, obtienen grandes premios, el menor de los cuales no es precisamente la libertad.

—¡Dios mío! —exclamó Kid espeluznado, pues jamás había oído nada semejante—. ¿Es posible que todavía, en los tiempos que vivimos, puedan ocurrir monstruosidades semejantes?

Karlen le miró sorprendida.

—¿Qué tiene ello de particular, Kid? Así ha sido siempre y será mientras Athedar exista.

—Pues me permitirás decirte que, con toda vuestra pretendida civilización, no sois otra cosa que unos salvajes. En nuestra Tierra ya no ocurren tales cosas.

Ella se encogió de hombros.

—Tierra está muy lejos y cada sistema o cada planeta tiene unas costumbres y unas formas de gobierno que les son peculiares. ¿Qué puede importarte a ti que en Athedar…?

—¡Ya lo creo! —exclamó impulsivamente Kid—. Vaya una gracia que me haría que me cogieran prisionero y me arrojaran a la arena a darme de sablazos con un tipo al que no conozco.

—Pues ése es un riesgo que has de correr, Kid —dijo ella fríamente.

El joven la miró estupefacto.

—¿Qué es lo que has dicho, Karlen?

—Lo que oyes, Kid. Yo tengo en mis manos el medio de poder sacarte de Elíseo y terminar con tu destierro.

—No digas tonterías —resopló él, indignadísimo—. Ninguno de los

dos tenemos alas…

—… pero yo conozco la forma de poner en condiciones de funcionar a tu astronave, Kid. Ayúdame, llévame a Athedar y luego haré lo preciso para que puedas volver a tu planeta.

Kid se rascó pensativamente una mejilla con el pulgar.

—Hombre —musitó—, mirándolo bien, es una proposición tentadora. Pero, ¿y si caemos prisioneros?

—Yo corro el mismo riesgo que tú, Kid.

—¡Eh, poco a poco, muchacha! Tu riesgo es muy diferente. Lo único que podría sucederte es que acabaras ciñendo a tus sienes una corona imperial, pero, en cambio, yo lo que pongo en juego es mi pellejo.

—Desecha tus temores. Si tal contingencia llegase a ocurrir, yo podría librarte con suma facilidad del mercado de esclavos. No olvides, Kid, que una orden mía no podría ser desobedecida por nadie.

El joven comenzó a remolonear. Dudó, vaciló y, aunque el riesgo era grande, la perspectiva de seguir en Elíseo por el resto de sus días no tenía mucho de agradable.

Además estaba el hecho de la aventura en puertas. Cierto que podía tratarse de una aventura con fúnebre término, pero si era cierto lo que Karlen decía, y no había ningún motivo para dudar de sus palabras, lo más que podía sucederle era que lo libertasen apenas hallado. Y aunque simpatizaba con los sentimientos de la muchacha, pensó que él no era quién para entrometerse en sus asuntos particulares.

—Muy bien —dijo al cabo de unos momentos—. Trato hecho. Iremos a Athedar y… Por cierto, aún no me has dicho dónde está, Karlen.

—Estrella Dzeta, de la constelación de Orión, junto a la Nebulosa Negra, Kid. Dzeta es el sol que alumbra el cielo de Elíseo.

Kid silbó admiradísimo al escuchar las palabras de Karlen. Pero dándose cuenta de que la cena ya estaba a punto suspendió la conversación.

Cenaron, dialogando de cosas relativamente intrascendentes pero procurando, no obstante, conocerse mejor el uno al otro. Mientras, la lluvia batía con fuerza en el exterior, en una noche absolutamente negra y sin estrellas.

Al terminar de cenar, Kid dispuso lo necesario para dormir. Preparó dos lechos, cómodos y abrigados, con pieles que había ido reuniendo en el transcurso del tiempo. Al concluir, sacó su cuchillo y lo clavó de punta en el suelo, entre ambos lechos.

Karlen le miró extrañada.

—¿Por qué haces eso, Kid? —inquirió.

—Es una antigua costumbre terrestre, ya caída en desuso. En los tiempos antiguos, cuando un guerrero y una doncella se encontraban en una situación análoga a la nuestra, aquél clavaba su espada en el suelo, en medio de los puntos donde debían dormir ambos.

La muchacha le miró agradecida, comprendiendo de sobra lo que el joven quería haber expresado con su caballeresca acción y, después de dedicarle una afectuosa sonrisa, se arrebujó entre las pieles.

Kid se echó a dormir, aunque le costó bastante conciliar el sueño. Pero, al fin, pudo cerrar los párpados y sólo los abrió cuando Karlen le llamó.

—El desayuno está preparado. En cuanto lo hayamos tomado, emprenderemos la marcha —dijo la muchacha en tono resuelto.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, tal como Karlen había anunciado, al despuntar el alba emprendieron la marcha.

Kid empaquetó lo más imprescindible, haciendo con todo un fardo, que colocó sobre el ancho lomo de «Jenny»; después subieron ellos también.

«Jenny» era un animal enorme, si bien su alzada apenas sobrepasaba la de un caballo. En cambio, poseía el tonelaje de un rinoceronte y era aún más largo que éste, de modo que el acomodo de la pareja fue relativamente fácil. Además la bestia, en los largos años que había servido de montura a Kid, conocía muy bien la voz del joven y, efectuando algunos repliegues epidérmicos amén de alguna que otra

contracción muscular, adaptó su lomo de modo que sus pasajeros pudieran viajar con el mínimo de molestias posibles.

Antes de partir, Kid no pudo por menos de arrojar una mirada nostálgica al lugar que abandonaba, al parecer definitivamente, permaneciendo unos cuantos segundos quieto, inmóvil, como queriendo grabar en su retina la visión de aquellos lugares. A fin de cuentas, aunque se daba cuenta de que su destierro iba a tener fin, habían sido quince años los transcurridos allí y había llegado a tomar cierto afecto a aquellos parajes.

Al cabo, sustrayéndose al encanto en que había caído, taloneó a la bestia y exclamó:

—¡En marcha, «Jenny»!

El animal era pesado en apariencia, pero bajo su inmensa mole se escondía una agilidad sin límites. «Jenny» galopó rápidamente, devorando el terreno bajo sus pies, estableciendo un ritmo de marcha que no alteró durante largas horas, sin que en ningún momento diera la menor señal de cansancio o fatiga.

Al mediodía hicieron un corto alto para comer un breve refrigerio. La parada duró escasamente media hora, transcurrido cuyo plazo montaron de nuevo y reanudaron la marcha.

Al llegar la noche tuvieron precisión de montar la tienda para dormir cobijados bajo ella, pues llovía intensamente. Sin embargo, a la mañana siguiente el tiempo dio señales de aclarar algo, cosa que no pudo por menos de alegrar a Kid.

La utilidad de «Jenny» en aquella ocasión fue indiscutible. De la gruta en donde Kid había vivido al lugar donde se hallaba la astronave había un mes de viaje, que «Jenny» recorrió en un tiempo inferior a la cuarta parte.

La vista de su aparato, quieto, inmóvil, brillando impasiblemente bajo las brumas otoñales, trajo dormidos recuerdos al corazón de Kid, quien no pudo ahogar un suspiro de nostálgica añoranza.

Hábil psicóloga, Karlen se dio cuenta de lo que le pasaba a su compañero y le preguntó:

—Tienes ganas de volver a tu planeta, ¿verdad?

—Sí, pero no veo cómo conseguirlo con este aparato. Está construido

sólo para casos de emergencia, cortos viajes entre los planetas, y no para…

Deslizándose del lomo de «Jenny» al suelo, Karlen se acercó al aparato.

—No te preocupes por tal minucia, Kid —dijo, y a continuación inquirió—: ¿Por dónde se entra?

El joven pulsó el botón de apertura y al instante la escotilla se abrió al mismo tiempo que la escala se clavaba en el suelo.

Sin vacilar un solo instante, Karlen penetró en el aparato, seguida por Kid. Éste la condujo hasta la cámara de maniobra, en donde la muchacha se quedó unos momentos inmóvil, en actitud meditativa, silenciosa, en tanto Kid la contemplaba especulativamente.

Al cabo de un rato, Karlen dijo:

—Es un aparato completamente desconocido para mí, Kid. Esto nos costará un día más que será el tiempo que invierta en conocerlo.

—¿Un día? ¡Estás loca, Karlen, si crees…!

La joven soltó una argentina carcajada.

—¿Crees que el traerte hasta aquí ha sido un «bluf», Kid? Dentro de una semana, a lo más tardar, habré hecho tales cosas en tu astronave que ni el constructor sabría reconocerla. Oh, no me refiero a su aspecto exterior; ni yo misma sería capaz de modificarlo con los escasos elementos de que dispongo; pero sí me refiero a sus elementos de impulsión.

—No sé cómo te las vas a apañar. ¿Con las manos desnudas? —refunfuño Kid.

—Si ésta es una nave como Dios manda, tendrá un pequeño repuesto de herramientas, ¿no?

—Pues, sí, claro…

—Enséñame lo que hay, Kid —dijo ella de modo tan imperioso, que el joven no se atrevió siquiera a rechistar.

Karlen estudió durante un buen rato los materiales de que disponía y luego dijo:

—Por ahora, Kid, no te necesito. Lo mejor será que descargues a «Jenny» y te ocupes de nuestras necesidades alimenticias.

El joven parpadeó asombrado, ante el desparpajo con que le hablaba Karlen. Estuvo a punto de enviarla a paseo, pero recordando, primero, que era mujer, y segundo, que parecía muy capaz de sacarle de aquel atolladero, desistió de su idea y la dejó hacer.

Un poco humillado, pues, salió de la nave, descargando a «Jenny», que pastaba pacíficamente, de su equipaje y llevando al interior de la nave todo cuanto podía serles de alguna utilidad excepto los necesarios útiles de cocina.

Karlen cumplió su palabra, pues apenas si le habló durante los ocho días que siguieran. En vano fue que Kid tratara de colaborar con ella; en todo momento, Karlen rechazó suave pero enérgicamente su ayuda, y continuó su trabajo de forma ahincada, obstinada, casi con rabia, llegó a pensar el joven.

La muchacha apenas si se tomó un momento de descanso durante todo el tiempo que necesitó para tener todo listo. Hubo ocasiones en los últimos días que se vio obligada a dejar la faena y alimentarse, para evitar la extenuación, pero Karlen poseía una salud de hierro y así, en cuanto había comido un poco de carne y fruta y dormido después un par de horas, retornaba al trabajo con más fuerzas que nunca, fresca como una rosa y sin dar la menor señal de hallarse terriblemente cansada.

Al final de los ocho días, Karlen, con una legítima nota de orgullo en la voz dijo:

—Kid, todo está concluido ya. Podemos partir cuando queramos.

El joven asintió, masticando pensativamente un tallo de hierba.

—Me parece muy bien —contestó, tratando de ocultar la admiración que sentía—. Sin embargo, no acabo de entender lo que has hecho. ¿Ya se sostendrá en el aire?

Los ojos de Karlen centellearon de ira al darse cuenta del tono sarcástico en que hablaba su compañero. Las modificaciones hechas en el cuadro de mandos eran fácilmente perceptibles, pero eran más profundas las de los motores y éstas no se veían.

Dijo:

—Si tienes alguna duda, puedes quedarte aquí durante otros quince o quinientos años más, Kid. Por mi parte sé que voy a partir inmediatamente hacia Athedar.

—Y yo también —se apresuró a contestar el joven—. ¿Sabes? Es que me parece un poco extraño esto de que pueda volar la navecilla sin combustible.

—¿Quién ha dicho tal? —le replicó ella, muy enojada—. ¡Claro es que necesita combustible, Kid! Pero antes podía utilizar sólo una determinada especie, ¿verdad? En tanto que ahora puede quemar cualquier cosa que se le eche, ¿me comprendes?

Kid abrió los ojos, dilatados por la estupefacción.

—¿Quieres decir… que este artefacto puede consumir un tronco de árbol… o una paletada de tierra, Karlen?

La joven sonrió con suficiencia.

—O una pata de «Jenny»… o un litro de agua. Cualquier cosa es buena para los nuevos motores de la nave, Kid.

El joven sacudió la cabeza con pesimismo.

—En mis tiempos, quiero decir —se corrigió rápidamente—, cuando yo salí de la Tierra, se hablaba del convertidor total de masa, pero dudo mucho que…

—Algo parecido es lo que he hecho yo —dijo la joven—. Bien, vamos a partir enseguida que ultimemos los preparativos, que lógicamente serán cortos. Un poco de comida (he visto conservas todavía) y agua. Ésta en grandes cantidades, puesto que servirá para los dos usos: para beber y como combustible.

—Comprendo —dijo Kid—; el agua es siempre más limpia que las ramas de los árboles, ¿no?

—Exactamente, Kid. Anda, ve a disponerlo todo; estoy ardiendo de impaciencia por salir de aquí.

—Y eso que sólo llevas quince días —refunfuñó el joven, mientras se dirigía a la escotilla de salida.

Habría de pasar mucho tiempo antes de que Kid pudiese comprender los fundamentos de las modificaciones que Karlen había efectuado en

los motores de la navecilla. Fuera como fuera, el aparato remontó suavemente el vuelo, acelerando poco a poco, sin que en su interior los ocupantes percibieran en lo más mínimo los efectos de la aceleración. En pocos minutos el aparato estuvo fuera de la atmósfera, en el espacio exterior, donde las estrellas brillan constantemente, sea la hora que sea.

Con cierto sentimiento de melancolía, carente en absoluto de pena, Kid vio alejarse bajo sus pies el suelo de Elíseo. Pero, cuando se vio nuevamente en el espacio, en aquel ambiente que había sido su vida hasta quince años antes, exultó de alegría y los peligros que le había pintado Karlen llegaron a parecerle más aparentes que reales.

Durante largo rato, el aparato navegó raudamente, adquiriendo más y más velocidad, sin dejar de acelerar un solo momento. Kid miró los controles en más de una ocasión, pero, aun habiendo permanecido tanto tiempo sin manejar una astronave, sabía que las indicaciones de aquéllos eran falsas, puesto que la velocidad que llevaban rebasaba con mucho la que los velocímetros podían señalar. Una sorda vibración, apenas perceptible y que antes no existía, era lo único que podía indicar al joven el enorme ritmo de marcha que les proporcionaban los nuevos motores.

Pasaron veinticuatro horas sin que el aparato dejara de acelerar constantemente. Karlen dijo, mucho antes, que ya doblaban la velocidad de la luz y que aun habían de alcanzar una velocidad enormemente superior, antes de que pudiera darse por satisfecha.

—Eso se debe —aclaró—, a que no disponía de los materiales suficientes para instalar un disruptor del campo espaciotemporal. De este modo obtendremos casi los mismos efectos, aunque, naturalmente, ello nos costará llegar a Athedar unos días más tarde.

—¿Cuánto? —inquirió simplemente Kid, a quien después de las demostraciones hechas por la joven ya no le extrañaba nada en absoluto.

Karlen efectuó unos rápidos cálculos mentales. Arrojó una mirada a uno de los controles, modificado de una forma por completo ininteligible para su compañero y luego contestó:

—Calculo que dos o tres días antes de la fecha señalada para el principio de los Juegos, Kid.

El joven hizo también sus cálculos.

—De diez a doce días —dijo.

La muchacha asintió:

—Así es, Kid.

Cinco días más tarde, Karlen señaló un punto en el espacio. Kid lo reconoció al instante.

¡La Nebulosa Negra!

La había visto muchas veces en fotografías y aún en reportajes cinematográficos, pero el espectáculo era muy distinto contemplándolo al natural. A su pesar, hondamente impresionado, Kid guardó silencio.

La Nebulosa Negra de Orión se aparecía ante su vista, como un inmenso conjunto de materia cósmica que oscurecía por completo toda la parte del cielo que tenían frente a ellos. El detalle que más se destacaba, naturalmente, era la llamada, por los astrónomos terrestres, la Bahía Negra o Cabeza de Caballo, por la similitud que con ésta tiene, alzándose oscura, amenazadora, impresionante, sobre el conjunto de materia opaca que componía el resto de la nebulosa. De su interior salían débiles rayos de luz amarillenta de los soles situados en la periferia, ya que los que se encontraban más adentro no conseguían taladrar con sus rayos el espesor de la masa que los rodeaba. Por encima, se veían resaltar algunas estrellas que iluminaban la parte superior de la nebulosa opaca como si fuera una cordillera sólida, en lugar de estar compuesta de infinidad de partículas de polvillo cósmico, densamente agrupadas.

De pronto, Kid se dio cuenta de una cosa. ¡Estaban contemplando la Nebulosa al revés de como él la había visto siempre!

—Claro que sí —contestó ella a la objeción—: Athedar pertenece a Dzeta y Dzeta se encuentra al otro lado.

—Y cuatrocientos años luz más allá, la Tierra —dijo el joven, no sin una nota de amargura en la voz.

—Una vez hayamos llegado a Athedar, yo haré que tú vuelvas a tu planeta —dijo Karlen, y el joven no pudo por menos de emitir un suspiro.

—Que Dios te oiga —murmuró, y ya no se habló más del asunto.

Veinticuatro horas más tarde, la velocidad del aparato era tal que la Cabeza de Caballo se veía aumentar de tamaño a ojos vistas. Los primeros jirones de polvillo cósmico aparecieron bien pronto, en forma intermitente, oscureciendo parcialmente la visión, pero sin llegar a dificultarla totalmente en momento alguno. Kid tuvo la ocurrencia de preguntarle a la joven la velocidad que llevaban y cuando Karlen le dio la respuesta, estuvo a punto de desmayarse.

—¡Cielos! ¡Tres años luz a la hora! ¡Casi un «pársec»!

—Así es —repuso fríamente Karlen—, y más podríamos alcanzar, de no ser porque, en breve, tendremos que empezar a decelerar. Por el momento, he estabilizado la velocidad, ya que no necesitamos aumentarla; vamos bien de tiempo.

Kid se enjugó con el dorso de la mano el sudor que le había brotado al saber la velocidad que llevaban. Luego miró a través de las lucernas del aparato y se dijo que, en efecto, así debía ser, pues las estrellas se veían desfilar rápidamente hacia atrás, lo mismo que ocurre cuando se viaja en un vagón de ferrocarril con respecto a las luces de una ciudad.

Habrían transcurrido quince o dieciséis horas desde aquel momento, cuando, de pronto, Karlen dejó escapar una fuerte exclamación.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Kid, evidentemente alarmado.

—¡Nos están persiguiendo!

El joven respingó.

—¿Cómo dices? ¿Quién puede seguirnos a esta marcha endiablada? ¡No hay nave capaz...!

Karlen sacudió la cabeza.

—Estás equivocado, Kid. Hay naves no sólo tan veloces sino mucho más que la nuestra y capaces de darnos alcance en un instante si se lo proponen. Y ésta que nos va a la zaga, es una de ellas.

—¿Cómo lo sabes tú? —inquirió Kid.

La mano de la muchacha señaló hacia una de las pantallas que tenía frente a sí, en la cual se estaban dibujando unas rayas de armónico trazado, pero en los solos colores blanco y negro, apareciendo y desapareciendo con un ritmo perfectamente isócrono.

—Ahí tienes la prueba, Kid. Sean quienes sean, nos están intimando a la detención.

—Pues no acabo de entenderlo. Si esos individuos lo hacen por radio, las ondas radiales viajan a la velocidad de la luz y no podrían darnos nunca alcance.

—No usan el procedimiento ordinario, sino la radio subespacial, Kid —dijo ella—. La velocidad es casi instantánea, cualquiera que sea la distancia que exista entre dos cuerpos en el espacio.

—¿Qué les has contestado tú, Karlen?

Ella se encogió de hombros.

—Nada. En la coyuntura actual, sólo puedo recibir; no transmitir.

—Pero algo pensarás hacer, ¿no?

—Por supuesto —contestó ella con firme acento—: burlarlos.

—¿Cómo? ¿De qué manera? —inquirió Kid ansiosamente.

Karlen inclinó el busto hacia adelante, mirando a través de las lucernas, como si quisiera taladrar la oscuridad cósmica que se alzaba frente a ellos con los ojos. Movió unas cuantas palancas y controles y luego dijo:

—Escondiéndonos tras la nebulosa negra.

Kid arrugó la nariz.

—¡Hum! —dijo—. Con los detectores que tienen ellos… Además, ¿cómo diablos saben que estás aquí, a bordo?

—Worszer es un zorro —contestó Karlen—, y no habrá dejado de tener sus exploradores por esta parte, sabiendo que yo podía escapar de Elíseo.

Kid observó:

—Aunque así sea. Esta nave no es la tuya. ¿O es que son de construcción similar?

Ella negó.

—No, desde luego; pero las naves de los hombres de Worszer están

dotadas de televisión directa y nos han visto.

Kid apenas daba crédito a sus oídos.

—¿Te... levisión directa? —exclamó, balbuciente, atónito, el joven.

Karlen explicó:

—Sí. Nosotros no precisamos un objetivo que capte las imágenes y luego las emita al poste receptor para verlas después. Nuestros televisores son enfocados al punto que se desea ver, emitiendo unas radiaciones especiales, que son devueltas luego al emisor y traducidas en imágenes en la pantalla. Parte de estas radiaciones son las que veías reflejadas en ésta que tenemos frente a nosotros. ¿Has comprendido?

—Sí... sí...

Kid se pasó una mano por los ojos. Aquello le parecía increíble, pero Karlen parecía estar hablando con absoluta seriedad.

—Dentro de pocas horas, habremos ganado nuestro refugio. Siéntate y átate; la deceleración va a ser más brusca que lo que conviene y pudieras lastimarte.

Sin saber exactamente lo que le ocurría, pensando hallarse en el centro de una pesadilla, Kid obedeció en absoluto silencio.

CAPÍTULO V

Suavemente, en completo silencio, la astronave se posó sobre el suelo del planeta que Karlen había elegido como refugio temporal para escapar a las acechanzas de su perseguidor Worszer. Y cuando el aparato se detuvo al fin, Kid se preguntó si la pesadilla continuaba o, por el contrario, se iba agudizando cada vez más y más.

Estaban en un planeta; de eso no cabía la menor duda. Lo que sí era seguro era que allí jamás sería de día, porque una noche eterna, impenetrable reinaba de continuo sobre el mismo. En realidad, no era una noche como las que Kid conocía, negra y con estrellas brillando en lo alto del firmamento. No era noche, sino penumbra, como si todo

el planeta estuviera sumido en una espesa niebla oscura, de un color marrón muy acentuado, próximo al negro, y que apenas si podían traspasar los débiles rayos de un sol que se veía difuminado en lo alto, de color rojizo, aliviando apenas las casi totales tinieblas en que yacía aquel planeta.

A cincuenta pasos de distancia era ya imposible ver nada en absoluto. Todas las sombras se borraban y esfumaban, convirtiéndose en un sólido muro de densa oscuridad, que no permitía ver nada más adelante. El polvillo cósmico de que estaba compuesta la nebulosa negra, inficionaba también la atmósfera del planeta, la cual presumía el joven que sería respirable.

Kid advirtió que estaban en una espesa jungla, compuesta por gigantescos árboles cuyas formas no se podían adivinar del todo, de suelo herboso aunque no fangoso y en el que se advertían latentes mil clases de vida que sólo podían suponerse, pero no ver siquiera. Era un panorama triste, fúnebre, altamente deprimente, que no invitaba precisamente a la alegría y el jolgorio.

Cuando transcurrieron unos minutos, Kid preguntó:

—Bueno, y aquí, ¿qué es lo que vamos a hacer?

—Esperar —contestó ella secamente—. Esperar unas cuantas horas, después de lo cual creo que habremos conseguido despistar a nuestros enemigos y así podremos continuar el viaje tranquilamente.

Kid frunció el entrecejo.

—¡Hum! —mascullό entre dientes—. Si ese Worszer es la mitad de listo que lo que tú aseguras, ni siquiera le hace falta apostar en el espacio unas cuantas de sus espacionaves. Con tener bien vigilados los alrededores de Athedar le es más que suficiente, ¿no lo crees así?

Karlen denegó vivamente.

—Hay muchos sitios en Athedar donde aterrizar sin ser visto y, por otra parte, yo tengo allí muchos amigos. Que son, naturalmente, enemigos de Worszer.

—Estaba solo en Elíseo —se lamentó amargamente el joven—; de otro modo, no te hubiera acompañado, créeme, Karlen.

—Me lo supongo —dijo ella con glacial acento. Y, a continuación, añadió—: ¿Tendrás la bondad de preparar algo de comer? Estoy

desfallecida y…

—Esto es lo que me faltaba a mí —refunfuñó el joven—; hacer de ayuda de cámara y camarero, todo en una pieza.

—Y por el módico precio de un pasaje de vuelta a Tierra, ¿verdad? —contestó ella mordazmente.

Comieron en silencio, sin dirigirse la palabra, pero, pese a todo, con buen apetito. Eran jóvenes, en medio de todo, y en aquellos momentos el cuerpo se sobrepuso a las preocupaciones de la mente.

Estaban terminando cuando, de pronto, la nave se estremeció bruscamente.

Kid y Karlen se miraron mutuamente, sin comprender del todo las causas de aquella repentina sacudida, pero, antes de que tuvieran tiempo de hacerse la menor pregunta, el aparato volvió a estremecerse, ahora más fuertemente que antes.

—¿Qué diablos está ocurriendo aquí? —gritó Kid, poniéndose en pie —. ¿Es que nos atacan los esbirros de Worszer?

Karlen le miró, alarmada.

—No puede ser. Si lo hicieran, no nos hubiéramos enterado, porque nos habrían destruido de un solo golpe.

—Pues entonces… —meneó la cabeza el joven, pero fue arrojado de pronto al suelo, en tanto que todas las estructuras de la nave crujían horrorosamente.

Los dos jóvenes rodaron por el pavimento de la cabina, hasta ser detenidos por uno de los mamparos. Kid consiguió sentarse, ayudando a Karlen a hacer lo mismo, y entonces fue cuando la muchacha lanzó un fuerte grito:

—¡Kid, mira, mira!

El joven hizo lo que le decía, volviendo la vista hacia el punto señalado por Karlen. Y apenas lo había hecho cuando sintió que los cabellos se le erizaban totalmente.

La carlinga estaba iluminada, debido, precisamente, a la oscuridad que reinaba en el planeta. Y como casi todo su techo era transparente como una cúpula, cuyo diámetro aproximado venía a ser de unos ocho

metros, podían ver fácilmente lo que había sobre ella y que, con razón, les había espantado.

—¡Esto es absurdo, increíble! ¿Estamos en la superficie o en el fondo del mar?

Kid tenía razón. A juzgar por lo que estaban viendo, más parecían hallarse en el fondo del océano, que no en medio de una espesa jungla de tropical aspecto. Sobre ellos, y separados únicamente por los espesos vidrios de la lucerna, se veían dos o tres colosales tentáculos, del grosor del cuerpo de un hombre, de un color pardo rojizo y en cuya cara interna se advertía una triple fila de ventosas, cuyo solo aspecto horripilaba la vista.

Karlen se apretó contra él, temerosa y espeluznada.

—¡Y no tenemos una sola arma! —se lamentó Kid.

Las ventosas de la enorme bestia continuaban succionando y haciendo presión hacia afuera sobre los cristales. Éstos eran muy resistentes, pero las fuerzas del animal aún parecían ser más.

La evidencia de una inminente catástrofe atenazó el corazón del joven. En el momento en que cediese uno solo de aquellos vidrios, su fin podría darse por descontado. Los tentáculos aquellos penetrarían en la cabina y...

Repentinamente, un ojo apareció ante su vista. Era uno de los ojos de aquel calamar terrestre, de forma ovalada, pero poco pronunciada, y de un tamaño cercano al metro, que les contemplaba con una expresión de insuperable malignidad. Kid sintió náuseas al ver aquella horrenda pupila, pero, fascinado, se sintió incapaz de apartar las suyas de aquella espantosa visión de pesadilla.

Uno de los cristales crujió y una fina estría blanca apareció en él, justamente donde uno de los colosales tentáculos había aplicado sus ventosas más grandes, del tamaño del puño. La nave se tambaleó, como incapaz de soportar el peso del monstruo.

Kid se puso en pie, animado de una súbita resolución, recordando de pronto que tenían un arma a bordo.

—¿Dónde está tu bastón neurónico? —preguntó a la muchacha.

Karlen entendió al instante lo que el joven quería decirle. Sus ojos se dilataron por el espanto.

—¡Oh, no, no, Dios mío! ¡Esa bestia te haría pedazos antes de que tú…!

—Lo mismo nos devorará si nos estamos quietos, Karlen —contestó él, firmemente resuelto—. Dame el bastón.

La muchacha accedió al cabo, enseñándole en un instante el manejo del artefacto. Kid lo desplegó y luego dijo:

—Échate a un lado y abre la puerta.

El joven se plantó firmemente frente a la escotilla, la cual, manejada por Karlen, empezó a abrirse. La bola de fuego blanquecino fulguró en la extremidad del bastón.

Súbitamente, algo silbó siniestramente. Fue una cosa vista y no vista, pero cuando Kid se quiso dar cuenta, una oscura serpiente, que se movía epilépticamente, penetró en la cabina, enrollándose con rapidísimos movimientos en torno a su cintura y arrastrándole hacia afuera.

En vano fue que el joven quisiera resistirse; sus fuerzas eran insignificantes comparadas con la potencia de aquel tentáculo y cuando quiso apercibirse, ya estaba fuera, suspendido en el aire a una distancia de diez metros del suelo.

Entonces fue cuando pudo contemplar a su sabor el horrendo aspecto de la bestia. Realmente, parecía un pulpo o calamar gigante, de colosal tamaño, más de veinte metros de altura, el cual, situado sobre la astronave, la rodeaba impidiéndole todo movimiento.

No obstante, aquel monstruo parecía ser anfibio, porque, además de la media docena de tentáculos que poseía, largos de quince o más metros, y que se agitaba silbando incesantemente en la penumbrosa atmósfera, poseía otras tantas patas de tres o cuatro metros de longitud y que evidentemente le servían para la locomoción en tierra firme.

Kid creyó estar viendo un gigantesco elefante, de nueva especie, con seis trompas brotándole de la cabeza en lugar de una, en forma de siniestra corona y dotado de un terrorífico pico, que se abría y cerraba de modo continuo y espasmódico, en lugar de la boca. Los ojos eran dos, a ambos lados de la fenomenal cabezota, y fosforescían siniestramente en la semioscuridad de aquel tétrico ambiente.

De todo esto se dio cuenta el joven en un instante, en tanto que, bajo

él, los gritos de pavor de Karlen herían sus tímpanos. Pero, en el momento actual, lo único que podía hacer era tratar de liberarse de aquel mortífero brazo, de aquel tentáculo que, irresistible e inexorablemente, le estaba arrastrando hacia el pico del monstruo, en el que cabía él con toda comodidad.

En medio de los intensos dolores que le causaba la opresión del tentáculo en torno a su cintura, conservó la suficiente presencia de ánimo como para recordar las enseñanzas que Karlen le había dado respecto del bastón neurónico. Dando todo el volumen al artefacto, provocó un intenso aumento de la bola de fuego que aparecía en su extremidad y, sin vacilar, la aplicó al tentáculo.

La bestia se estremeció horriblemente y de su pico salieron unos horrísonos chirridos que maltrataron cruelmente los tímpanos del joven. Era evidente que el bastón había causado sus efectos, por lo que Kid insistió en el tratamiento.

Él tentáculo aumentó su presión y Kid escuchó crujir sus propias costillas. Pero no por ello retiró la punta del bastón, provocando con ello crueles estremecimientos de dolor de la bestia, la cual, sin embargo, persistía en tenerle sujeto.

El animal pareció adivinar de dónde provenían los intensos dolores que sufría, por lo que hizo volar un segundo tentáculo hacia el brazo de Kid. Éste se vio perdido y, en el último instante, haciendo una poderosa contorsión sobre sí mismo, golpeó varias veces, con todas sus fuerzas, el nuevo tentáculo, obligándole a replegarse.

Acto seguido, volvió a la carga contra el primero, consiguiendo, al fin, que la serpiente que le ceñía se desliase, dejándole caer al suelo desde una altura de tres o cuatro metros.

Rodó por la hierba, jadeante, exhausto, sin fuerzas siquiera para respirar, percibiendo sobre sí la insana mirada de odio del animal, que concentraba todos sus esfuerzos en la astronave, como si quisiera destruirla.

Uno de los vidrios estalló al fin con sonoro estrépito, casi musical, y a Kid le pareció que era su propio corazón el que estallaba. Si conseguían salir de aquel apuradísimo trance, ¿cómo reponer aquel cristal roto?

Pero no tuvo mucho tiempo de entretenerse con tan amargos pensamientos. Súbitamente, unos agudísimos gritos hirieron sus oídos.

—¡Kid, Kid! —escuchó, angustiado, la espantada voz de la muchacha.

El joven se puso en pie de un salto. Sus horrorizadas pupilas captaron la imagen de Karlen, rodeado su esbelto talle por uno de los tentáculos del monstruo, y debatiéndose en el aire, en un continuo e inútil agitar de brazos y piernas.

Kid comprendió en un instante que, fallado su golpe, comprendiendo instintivamente la bestia que él era un enemigo contra el cual era difícil luchar, había buscado otra presa para sus apetitos, hallándola en la muchacha.

Karlen gritó una vez más, desesperada, frenéticamente implorando el socorro del joven. Y Kid no dudó en ello.

Olvidando sus dolores y padecimientos, rodeó la nave hasta hallar la escalerilla, por la que trepó a saltos. Luego ascendió por el casco hasta situarse a escasos metros de la cabeza del monstruo.

No le importó enfrentarse con los demás tentáculos. Alguno fue hacia él, pero los apartó a golpes de bastón soltándoles a cada uno de ellos terribles descargas neurónicas. Pisó el propio cuerpo del animal, hundiendo sus pies en la blanda anatomía de la bestia hasta situarse, al fin, en su misma cabeza, entre ambos ojos, a un par de metros escasos de aquel feroz pico que tableteaba siniestramente.

Una y otra vez, alternativamente, sin concederse el menor descanso, golpeó las fieras pupilas con el fuego de su bastón, sin darse cuenta de que la transpiración le empapaba de arriba a abajo las ropas, ciego de ira, obseso en todo lo que no fuera tratar de salvar a Karlen.

De repente, la cabeza del monstruo se estremeció horriblemente bajo sus pies. Kid perdió el equilibrio y vaciló.

Agitó desesperadamente los brazos, tratando de mantenerse en pie, pero le fue imposible. A su pesar, rodó por encima del cuerpo de la fiera, aunque, eso sí, sin soltar ni por un momento la preciosa arma.

Cayó con terrible violencia contra el suelo, quedando unos instantes aturdido. Pero, recordando la clase de enemigo que tenía enfrente, se puso en pie con gran rapidez, dispuesto a reanudar el ataque.

Ya no hacía falta, sin embargo. Lanzando horrorosos tableteos, que ponían espanto en el ánimo, la bestia huía, con sonoro tronchar de ramas, adentrándose en aquella misteriosa selva que tales engendros vivientes era capaces de producir.

De repente, oyó unos sollozos. Se volvió.

Karlen estaba sentada en el suelo, los cabellos en desorden, desgarradas en parte las ropas, con el rostro oculto entre las manos.

Se arrodilló junto a ella, comprendiendo que era la reacción lógica después del rato tan espantoso que acababa de pasar, y trató de consolarla.

Rodeó los hombros de la muchacha con su brazo.

—Vamos, vamos —murmuró—; procura calmarte. Ya se ha pasado todo y el monstruo ha huido. Suerte —añadió Kid sonriendo—, de tu bastón neurónico. De lo contrario, no hubiéramos podido contarlo.

La joven se quitó las manos del rostro, mirándole a través de las lágrimas que aún empañaban sus pupilas.

—Oh, Kid —exclamó—, fue tan horroroso. Primero... te vi a ti, devorado, destrozado por ese pico tan horrendo y luego, cuando me sentí cogida por el tentáculo... ¡Dios mío, qué monstruos tan espantosos habitan aquí!

Kid movió la cabeza.

—No lo sé, Karlen; en mi vida había oído hablar de este planeta ni había visto que los pulpos vivieran en tierra firme. Desde luego, en mi planeta, sería una pieza de museo. Pero aquí...

Kid se interrumpió repentinamente, dándose cuenta en aquel momento de que la muchacha no le escuchaba. Le preguntó:

—¿Te ocurre algo, Karlen?

Ella tardó unos segundos todavía en contestarle y luego, con intenso dramatismo en su voz, exclamó:

—¡Kid, la astronave!

El joven respingó.

—¡Cielos, es verdad! ¡Lo habíamos olvidado! Ven, vamos a examinar los desperfectos que nos ha ocasionado esa bestia.

Tendió su mano que la joven cogió, ayudándola a incorporarse. Luego, los dos a una, corrieron hacia la escotilla de la nave, a pocos pasos de distancia de donde se hallaban.

Kid no se preocupó por el hecho de que el tren trípode de aterrizaje estuviera destrozado; esto, a fin de cuentas, era algo accesorio, pero no fundamental para el vuelo por el espacio. Había algo más importante y que, en cuanto fue captado por las pupilas de ambos jóvenes, les llenó de consternación.

El vidrio de una de las portas, pese a su sólido grosor, había saltado en mil pedazos, como consecuencia de la formidable presión de las ventosas de los tentáculos de la fiera. Era una avería irreparable y el convencimiento del desastre se abatió bien pronto sobre el ánimo de la pareja.

Con gesto sombrío, frente a la porta abierta de par en par, que rompía la estanqueidad del aparato, Kid se cruzó de brazos.

—¡Bonita jugada nos ha hecho ese pajarraco! —masculló rabioso.

—No podremos arreglarla —dijo ella, en el mismo tono.

—No —coincidió el joven—; no hay forma humana de fabricar un vidrio que pueda suplir el que esa bestia nos ha roto; quizá, con tiempo, sin prisas, en mejores condiciones, podríamos hallar la sílice necesaria y, aunque fuera con fuego de leña, construir un pequeño horno para fabricar un trozo de cristal que supliera al roto; pero en este planeta, donde no se ve a dos pasos de distancia...

Se interrumpió.

El convencimiento de la catástrofe que se les había abatido encima, desanimó completamente a la muchacha.

Miró al muchacho.

—¿Qué haremos ahora, Kid? —susurró, sabiendo que la pregunta era perfectamente inútil.

El joven se encogió de hombros, al mismo tiempo que exhalaba una amarga carcajada, casi sin saber qué decir.

—¡Qué sé yo! —exclamó—. Esperar... esperar a que aparezcan unos caníbales y nos lleven a su caldera, para guisarnos como plato fuerte.

Se arrepintió de haber hablado en broma. De pronto, un leve ruidito se oyó a sus espaldas y Kid se volvió rápidamente. Y apenas hubo averiguado la causa del ruido, murmuró:

—Me parece que la vanguardia de los caníbales está aquí ya. ¿Me habrá oído el tipo?

Karlen miraba con los ojos muy abiertos.

Frente a ellos, mirándoles con expresión de innegable curiosidad, había un hombre, cuyo atavío indicaba bien a las claras el salvaje medio en que se desenvolvía.

CAPÍTULO VI

El recién llegado iba completamente desnudo, a excepción de un trapo que le cubría la cintura, sin que en sus pies se advirtiera rastro alguno de calzado. Su aspecto anatómico era humano y lo que más le extrañó al joven, fue el color blanquecino de su piel, mucho más blanca aún que la suya propia, como si hubiera pasado una larguísima temporada en un lugar por completo desprovisto de los rayos solares. Pero Kid no tardó en comprender que aquella tonalidad epidérmica era, precisamente, una defensa contra las inclemencias de aquel planeta, debidas a la escasez de luz.

El salvaje tenía el cuerpo cubierto casi enteramente de tatuajes de extraña traza, colocados en forma simétrica a ambos lados de su cuerpo. Ni siquiera el rostro se había librado de tales dibujos y, en la mano derecha, a guisa de arma, tenía una pesada clava de madera, algo que, bien manejado, debía ser de mortíferos efectos.

Con sumo cuidado, Kid requirió su bastón neurónico, disponiéndolo para usarlo en cualquier momento. Los vivaces ojos del indígena siguieron todos sus gestos.

—¿Qué querrá ese hombre de nosotros? —musitó Karlen.

—Echarnos a su cazuela, con seguridad —gruñó Kid, aprestándose a la defensa.

El indígena retrocedió un par de pasos y, volviendo un segundo la cara, lanzó un fuerte grito, pronunciando algunas palabras que Kid no pudo entender.

Pero el joven se dio cuenta de que Karlen tenía puesto todavía el cinturón traductor y le preguntó:

—¿Qué ha dicho ese salvaje?

—Ha llamado a sus compañeros.

—¿Nada más?

—No, por ahora.

Kid torció el gesto.

—Pues lo que dije antes era broma, ¿sabes, Karlen? No me gustaría acabar en un caldero, sirviendo como motivo de jolgorio gastronómico para una docena de estas fieras.

—No sabemos si serán caníbales... —empezó a decir Karlen, pero en aquel momento tres o cuatro hombres más, con idéntica vestimenta y armados también con clavas, irrumpieron en la cabina de la nave.

—¡Hum! —masculló el joven—. Karlen, esto empieza a gustarme cada vez menos.

—¿Qué podemos hacer, Kid? —inquirió ella, temerosa.

—Dejémosles actuar primero. Puede que sean amigos. ¿Por qué no pruebas hablarles por medio del traductor?

Karlen asintió. Pero no tuvo tiempo de hacerlo. En el mismo momento, el primer salvaje que había aparecido ante su vista, dio un grito y tanto él como sus compañeros se abrieron en abanico, disponiéndose a atacar.

—Ponte detrás de mí, Karlen —dijo Kid, empuñando con fuerza el bastón neurónico.

Uno de los salvajes se abalanzó repentinamente hacia él, blandiendo la clava de modo amenazador. Kid saltó a un lado, esquivando el golpe mortífero y luego tocó con su bastón el costado del indígena. El hombre cayó al suelo, retorciéndose epilépticamente, al mismo tiempo que lanzaba terroríficos aullidos. Sus compañeros parecieron impresionarse por aquel hecho, absolutamente incomprensible para sus sencillas mentes, pero no tardaron en rehacerse.

—A su modo, son valientes —masculló el joven—. Yo, viendo lo que le ha pasado a esa bestia, echaría a correr y no pararía hasta diez leguas de aquí. ¡Ahí va eso, tú!

Al mismo tiempo que hablaba, había evitado otro golpe. La clava cayó con sonoro estruendo sobre uno de los paneles de control, resonando profundamente.

Un rugido de bestia herida brotó de los labios del individuo, que se revolcó en el suelo, en medio de tetánicas convulsiones. Quedaban dos más, los cuales, sin miedo alguno, se arrojaron sobre Kid, tratando de

romperle el cráneo con sus poderosas mazas.

Por unos momentos, el joven pudo resistir el ataque combinado de aquellos dos indígenas, pero conocían la esgrima mucho mejor que él y esquivaban sus ataques con suma facilidad. Kid empezó pronto a ver que las intenciones de sus enemigos eran cansarle y luego abatirle con facilidad, en vista de lo cual redobló sus ataques, con objeto de deshacerse de ellos cuanto antes.

De pronto, un dolor fortísimo en la mano derecha le hizo soltar el bastón. Sin poderlo evitar, se arrodilló, al mismo tiempo que un gemido inarticulado se escapaba de sus labios.

Karlen lanzó un agudo grito de pavor, pero, rehaciéndose, tomó el bastón. En aquel momento, uno de los salvajes levantaba su pesada maza de guerra sobre la cabeza inerme de Kid.

El flanco del indígena quedó al descubierto una fracción de segundo y Karlen no desaprovechó la ocasión. El salvaje se retorció sobre sí mismo, aullando de modo espantoso.

Pero aún quedaba otro, el primero de todos, quien, manejando habilísimamente la clava, golpeó el bastón, arrancándolo de las manos de Karlen.

Aunque el golpe no fue directo sobre el cuerpo de la muchacha, Karlen trastabilló y vaciló, dando dos o tres pasos, hasta apoyarse en uno de los mamparos de la nave. Desde allí, horrorizada, presenció la escena.

El salvaje alzó la clava sobre su cabeza, blandiéndola con ambas manos. Kid, arrodillado todavía en el suelo, con el brazo inmóvil a consecuencia del fenomenal golpe sufrido antes, no podía hacer nada por evitar la muerte.

Los poderosos músculos del tórax del indígena se tensaron, amenazando con hacer estallar la piel bajo ellos. Sus ojos brillaron con furia asesina y la clava comenzó su descenso.

Pero en aquel momento, ocurrió lo inesperado, lo que, a fin de cuentas, siquiera por el momento, había de salvar la vida del joven.

Un relámpago de cegadora claridad estalló en aquella sombría atmósfera, disipando la oscuridad por unos momentos, al mismo tiempo que arrojaba crudas sombras sobre los mamparos de la nave.

El indígena, atemorizado, se detuvo, parpadeando deslumbrado. Quedó inmóvil, con la maza en alto, y el fogonazo volvió a repetirse.

Asustadísimo por aquel fenómeno que, al parecer, jamás se había producido por aquellos parajes, el salvaje dio una brusca media vuelta y echó a correr hacia la escotilla. Sus compañeros, renqueando, doloridos todavía por las descargas neurónicas sufridas, le siguieron.

Kid y Karlen, estupefactos, sin comprender todavía lo que estaba pasando, se asomaron a la escotilla. Una vez fuera, presenciaron una escena de imborrable recuerdo.

Envuelta en una aureola de luz, derramando ésta en cascadas por todas partes de modo que la penumbra del ambiente quedaba disipada en una grandísima extensión, una astronave descendía muy lentamente hacia el suelo encaminándose hacia el lugar donde la pareja había aterrizado.

Los indígenas la vieron también y, espantados, dieron media vuelta, tratando de echar a correr.

Pero entonces, una serie de rayos luminosos, uno por cada uno de los salvajes, de cegadora blancura, brotó del borde afilado de la astronave, alcanzándolos de lleno, a pesar de sus desesperados esfuerzos por huir de ellos.

Todo fue inútil. Cada vez que un rayo alcanzaba a uno de los indígenas, el cuerpo de éste adquiría una súbita fosforescencia reluciendo siniestramente durante un par de segundos. Luego, el salvaje se fundía con la luz y acababa por desaparecer tan limpiamente como si jamás hubiera existido.

Los dos jóvenes contemplaron la escena con ojos embargados por el estupor. Todo esto duró apenas treinta segundos, transcurridos los cuales, la astronave descendió suavemente, hasta quedar suspendida en el aire a pocos centímetros del suelo.

—Vienen por nosotros —murmuró Karlen.

Kid se frotó el miembro, todavía dolorido.

—Supongo que será inútil romperse la cabeza luchando contra ellos —dijo.

La muchacha asintió con un suspiro.

—Efectivamente. Todo cuanto hicieras sería tiempo perdido en vano. De todas formas, no temas; mantengo mi palabra y tú volverás a tu planeta.

Kid soltó una amarga carcajada, cosa que hizo volver la cabeza a Karlen, súbitamente sorprendida.

—¿De qué te ríes? —preguntó la muchacha.

Kid sacudió la cabeza

—Oh, de nada... es decir, de mí mismo. Pensar que he vivido durante quince años en un beatífico aburrimiento y ahora, en quince días, he corrido una cantidad de aventuras como para llenar un libro. Es realmente extraño e incongruente, ¿no te parece, Karlen?

La muchacha no contestó; tenía la vista fija en uno de los costados de la nave, en donde acababa de abrirse una escotilla.

Una pequeña procesión de hombres surgió por la abertura, descendiendo al suelo y encaminándose directamente hacia la pareja. Todos ellos iban vestidos en la misma forma que lo fueran Basall y sus esbirros, y el que iba en cabeza, como su jefe, llevaba los ornamentos dorados.

Al llegar frente a la pareja, se detuvo.

—Te saludo, Karlen, y me alegro de haber llegado a tiempo de haberte salvado de un grave contratiempo. Soy Gorry, capitán de la guardia Imperial.

—Supongo que vienes a buscarme para llevarme a Athedar, ¿no es cierto? —contestó fríamente la muchacha.

—En efecto —replicó Gorry—; tales son las órdenes que he recibido de Worszer, el emperador.

—Perfectamente —asintió ella—. Sé que no puedo resistirme y he de acompañarte. Ahora quisiera saber una cosa, Gorry.

—Te complaceré si está en mi mano, Karlen —dijo el capitán, y Kid pudo darse cuenta del respeto con que trataba a la muchacha, viendo en ella a su futura emperatriz.

—Este hombre me ha salvado la vida —dijo Karlen—, y yo le debo gratitud.

—Es muy justo —observó Gorry pensativamente.

Kid lo miró más detenidamente, dándose cuenta de que el aspecto del capitán era agradable y parecía buena persona.

—Por lo tanto —continuó ella—, no quiero que le ocurra ningún daño, ¿me has entendido bien, Gorry?

—Así se hará, al menos en cuanto de mí dependa, Karlen. Y ahora, ¿si tienes la bondad de pasar a mi nave...?

Kid se dio cuenta de que, pese a las recomendaciones de la muchacha, era ignorado por Gorry y sus hombres, los cuales no le concedieron la menor atención, procediendo en todo momento como si no existiera. Subió detrás de Karlen a la astronave, y apenas se hubieron acomodado todos, el aparato se elevó raudamente.

Tres días más tarde, salieron a las regiones luminosas del espacio, dejando tras sí aquella inmensa y oscura aglomeración de materia cósmica y apareciendo en un lugar donde las estrellas brillaban con todo su fulgor. Kid se dio cuenta que la transmisión y recepción de mensajes entre la nave y alguna base era muy frecuente, pero como nadie, salvo a las horas de la comida, le dirigía la palabra, no pudo enterarse de lo que sucedía.

Veinticuatro horas más tarde, estaban sobrevolando Athedar.

Desde el aire, ya en el interior de la atmósfera del planeta, Kid pudo darse cuenta de la enorme magnitud de la capital del planeta. Pasaron sobre ésta, volando a reducida velocidad, y uno de los primeros detalles en que Kid se fijó fue un colosal anfiteatro, de forma oval, en el que supuso iban a tener lugar los juegos dentro de pocos días.

El anfiteatro era enorme, gigantesco, y sus gradas, construidas de un modo tan audaz como arriesgado, se elevaban a una altura tal, que el solo pensamiento de ello infundió vértigo en el corazón del joven. Calculó que nada más la arena mediría, en su eje mayor, unos quinientos metros de longitud, por unos doscientos de anchura y, a juzgar por lo que veía, calculó en dos millones de personas, cuando menos, el aforo de tan descomunal circo.

Pero el aparato continuaba su viaje y el anfiteatro quedó atrás, cruzando por encima de una ininterrumpida serie de edificios, relativamente bajos pero muy bien construidos, situados todos ellos de tal forma que formaban amplísimas y rectas calles, por las cuales se veía un tránsito intensísimo.

Los aparatos voladores que iban y venían, siguiendo en distintos niveles la dirección de las calles, eran innumerables, así como los automóviles que rodaban por encima de las calzadas, todos ellos brillantes, relucientes, despidiendo vivísimos rayos de todos los colores al reflejar la blanca luz de Dzeta, la estrella que proporcionaba luz y calor al planeta.

El aparato perdió altura, dirigiéndose a un colosal conjunto de edificios que se hallaban relativamente aislados del resto de la población. Ninguno de ellos poseía una altura excepcional, pero el lujo con que estaban construidos indicaba de sobra la persona que allí se alojaba.

La nave tomó tierra en uno de los patios. Inmediatamente, un tropel de soldados, armados muy decorativamente con lanzas, espadas y escudos, acudió, colocándose en doble fila, desde el pie del aparato hasta una gran puerta abierta en uno de los muros del palacio.

Al salir de la astronave, los soldados se enderezaron rígidos, hieráticos. Karlen, impertérrita, desfiló por delante de ellos, seguida por el capitán Gorry, en tanto que Kid iba detrás, junto con un par de tripulantes.

La pequeña comitiva pasó por en medio de la guardia de honor. Su elevada estatura le permitió ver a Kid varias personas, lujosamente ataviadas, bajo el dintel de la puerta.

Cuando llegaron a la escalera de acceso, una de ellas se destacó.

—Te saludo, princesa Karlen. En nombre del augusto Worszer sé bienvenida a palacio. Soy Huldin, su ministro de Seguridad.

—Me alegro de conocerte, Huldin —dijo la muchacha secamente—. Devuelve tus saludos a Worszer y dile que quiero verle inmediatamente.

El ministro arqueó inquisitivamente las cejas.

—Se trata de este hombre —dijo Karlen—. Es un centaurino llamado Kid y me ha salvado la vida. Quiero que se le trate como es debido.

En los ojos de Huldin brilló un relámpago de astucia, prestamente apagado. Sin embargo, Kid era un hábil observador y no dejó de anotar el detalle en su mente.

—¡Hum! —dijo para su capote—. Será preciso andarse con mucho

cuidado con este Huldin. Me parece un pájaro de cuenta y…

El ministro de Seguridad se inclinó untuosamente.

—Tus deseos serán atendidos como se merecen, princesa. Ahora, el augusto Worszer ha dispuesto que descanses y te cambies de ropa. Si tienes la bondad de seguirme…

Karlen frunció el ceño.

—¿Y el centaurino?

—También tengo órdenes con respecto a él, princesa Karlen —contestó Huldin—. Methor, mi adjunto, se encargará de hacerle grata la estancia en palacio.

Un hombre se adelantó, dirigiéndose a Kid.

—Soy Methor, centaurino. ¿Tienes la bondad de seguirme?

Kid asintió, pero antes se volvió hacia la muchacha.

—Gracias por todo, Karlen. Antes de regresar a Tierra, me gustaría saludarte para despedirme de ti.

A Kid le pareció que las pupilas de la muchacha se humedecían, pero no pudo asegurarlo. Ella dijo:

—Iré en persona a despedirte al astropuerto, Kid. En medio de todo, ha… ha sido muy agradable tu compañía. ¡Hasta la vista!

Kid permaneció inmóvil, en tanto veía alejarse a la muchacha por un amplio corredor, flanqueada a derecha e izquierda por inmóviles soldados de la guardia Imperial. Cuando al fin hubo desaparecido Karlen, Kid lanzó un suspiro que no pudo contener, y dijo:

—Estoy a tu disposición, Methor.

—Sígueme, pues, centaurino.

Methor echó a andar a su izquierda, mientras que detrás les seguían dos silenciosos soldados de la guardia, armados como los demás, sin que les faltara el detalle de la banda traductora ni, tampoco, el bastón neurónico pendiente del costado derecho.

Torcieron por el primer corredor que hallaron a su izquierda, deteniéndose luego ante una puerta, que resultó ser la de un ascensor,

que les llevó a bastantes metros más abajo. Al salir, Kid se halló en una ancha banda deslizante, que caminaba con monótono runrún en un túnel de sección semicilíndrica, pobremente iluminado y cuyo aspecto impresionó desagradablemente al joven.

No le dijeron a dónde iban.

Kid sin embargo, se abstuvo de decir nada. Confiaba implícitamente en Karlen y estaba seguro de que la muchacha a no tardar, en breve espacio de tiempo, cumpliría su palabra. La compadecía, viéndola obligada a casarse con alguien a quien odiaba, pero, por otra parte, bien mirado, tampoco tenía nada de malo convertirse en la emperatriz de aquel vasto imperio. Cuestión de acostumbrarse, se dijo, sin lograr convencerse, no obstante.

El viaje prosiguió.

Diez minutos más tarde, Methor le hizo salir de la pista rodante, adentrándose por otro túnel mucho más estrecho que el anterior en el cual apenas si cabían los dos de frente.

Aquello era muy extraño.

Kid frunció el ceño. Aquello empezaba a no gustarle. ¿Qué clase de accesos tenían las habitaciones destinadas a los huéspedes imperiales en el palacio de Worszer?

Quiso averiguarlo.

Iba a hacerle una pregunta a Methor, cuando, de pronto, éste se detuvo ante una puerta de sólido aspecto. Methor pulsó un zumbador que había junto al marco y el metal de la puerta empezó a deslizarse a un lado.

El interior no se distinguía.

—Pasa —dijo el individuo secamente.

—¿Qué diablos…? — empezó a decir Kid, pero no pudo continuar.

Alguien le empujó por la espalda, con tal brusquedad que, perdiendo el equilibrio, rodó por el suelo. Y antes de que pudiera recuperarlo, la puerta se cerró tras él, en tanto que los ecos de una sarcástica carcajada se elevaban en el aire. ¡Estaba prisionero!

CAPÍTULO VII

Apoyado con las manos en el suelo, Kid permaneció unos momentos, completamente atontado, no por el golpe en sí, que no le había causado daño físico alguno, sino por el choque moral que suponía el verse encerrado de tan degradante manera, con una flagrante violación de la palabra dada y sin sujeción alguna a las más elementales normas de la ética.

Inspiró profundamente, tratando de calmarse a sí mismo del ataque de cólera que le afloraba garganta arriba. Se mordió los labios hasta hacérselos sangrar y luego probó a levantarse.

En aquel momento, alguien rió muy cerca de él.

—¿Qué hay, amigo? ¿También a ti te echaron guante?

Kid levantó la cabeza y se dio cuenta de que no estaba solo en aquella estancia, muy amplia por otra parte, sino que había muchos más seres, los cuales, en el momento de su aparición, habían observado tan absoluto silencio, que no era extraño que él no se hubiera apercibido de su presencia en aquel lugar.

Pero lo que más le asombró, no fue el verse en compañía de veinte o treinta personas más, sino el contemplar el rarísimo aspecto del individuo que acababa de interpelarle.

Era un hombre alto, enorme, rebasando ampliamente los dos metros de estatura, cubierto todo su cuerpo de una serie de vellos ásperos y tiesos, como si fueran las púas de un puercoespín, de un color rojizo oscuro, sin que se viera el menor rincón de su cuerpo libre de ellos.

Sin embargo, no acababan aquí las rarezas anatómicas del individuo. Tenía dos brazos, los cuales, a la altura del codo, se bifurcaban en otros dos y éstos de igual manera, de tal forma que, al acabarse aquella singular extremidad, tenía cuatro manos, provistas todas ellas de unas uñas ganchudas, afiladísimas, capaces de rasgar el vientre de una persona con un solo golpe. En total, el hombre tenía ocho manos, que, en estado normal, le llegaban mucho más abajo de las prominentes rodillas, de las cuales sobresalían unos afilados aguijones, cuyo aspecto tenía muy poco de agradable. Los ojos, incluido el globo ocular, eran completamente rojos y la boca muy ancha, casi de oreja a

oreja.

Kid parpadeó asombrado al verse frente a aquel engendro de la naturaleza. El otro volvió a reír a carcajadas.

—¿Qué, no has visto nunca un chico tan guapo como yo? Mirad a éste, muchachos —se giró el extraño individuo hacia sus compañeros de cautiverio—; es la primera vez que ve un hombre-araña de Skardar.

—¿Skardar? —repitió Kid, estupefacto.

El individuo se golpeó el pecho con cuatro manos izquierdas a la vez.

—Sí, Skardar, de Beta del Triángulo. Mi nombre es Teflat, y si se te ocurre llamarme hombre-araña, te echaré las tripas al aire, ¿me entiendes?

Kid asintió, tragando saliva, al mismo tiempo que veía acercársele media docena de seres de todas las formas y tamaños. Había uno enteramente igual que él, anatómicamente hablando, pero con la epidermis totalmente azul. Otro tenía el cuerpo cubierto de rugosas escamas, terminadas todas ellas en afilados pinchos de cinco o seis centímetros de grueso. Un tercero parecía también completamente humano, excepto de cintura para abajo, en donde las dos piernas se unían en una sola, gruesa, musculosa, concluida en una durísima uña capaz de decapitar a un hombre de un solo golpe. Un cuarto era realmente un gigante, con más de tres metros de estatura y el exacto aspecto de un gran gorila terrestre, con unos enormes colmillos saliéndole de la boca que infundían realmente pavor. También había otro, con el rostro vagamente humano, pero con el cuerpo de un gran gusano, arrastrándose rapidísimamente por el suelo, con una agilidad impropia de su extraña anatomía. Y, en fin, asimismo, los había de su misma constitución, color de la piel incluido, pero todos ellos unidos por un común denominador: el de la curiosidad hacia el recién llegado.

—¿Cómo te llamas tú y de dónde vienes? —inquirió Teflat.

—Kid, de Tierra, Sistema Solar, Constelación del Centauro —contestó el joven.

Alguien escupió a sus pies.

—¡Ah, un orgulloso centaurino! —dijo el hombre de la pierna única—. Yo, Gor, de Salawar, de Betelgeuze, te escupe, centaurino.

Kid miró a su oponente con serenidad.

—¿Qué te he hecho yo? —inquirió.

Gor soltó una agria carcajada.

—Los centaurinos creéis ser origen de todas las razas y civilizaciones de la Galaxia. Nadie más que vosotros pero, ¿de qué te ha servido a ti nacer allí?

Teflat extendió un larguísimo brazo dotado de cuatro manos.

—Déjalo en paz, Gor; él no te ha insultado —y luego miró al joven—: ¿Ya sabes, Kid, por qué estás aquí?

El aludido se encogió de hombros:

—Me dijeron que me iban a proporcionar alojamiento para devolverme a mi planeta... y cuando quise darme cuenta me habían encerrado con todos vosotros.

Alguien soltó una áspera carcajada.

Kid lo miró sin perder la calma. Era el hombre-erizo, de cuya boca salían unos tableteantes sonidos que querían parecer risotadas.

—¡Pobre Kid! —dijo, entre carcajada y carcajada—. ¡Qué lindamente te tomaron el pelo! ¡Devolverte a tu planeta!

—Ya veo que no piensan hacerlo —contestó el joven reflexivamente—, pero, sin embargo, me gustaría saber qué va a ser de mí.

Teflat se extrañó:

—¿Cómo? ¿Es que no te lo han dicho?

Kid sacudió la cabeza.

—En absoluto —afirmó.

Teflat se rascó la cabeza con sólo una mano.

—Pues verás... aquí vas a estar muy poco tiempo, Kid; quizá cuarenta y ocho horas nada más.

El terrestre preguntó:

—¿Adónde nos van a llevar después?

El hombre-araña tardó un segundo en contestarla; después, con tono seco, dijo:

—Ven. Y tú también, Horrar.

El gorila les siguió, balanceándose lentamente. Sin el menor escrúpulo, Teflat empezó a apartar a manotazos a aquéllos que tenía ante sí.

—¡Dejad sitio, estúpidos!

Al llegar a la pared opuesta, Kid se dio cuenta que estaban bajo una ventana cuyo marco se hallaba entrecruzado por media docena de irrompibles barrotes de metal.

—Levántale, Horrar.

Antes de que Kid pudiera darse cuenta de lo que le iba a suceder, sintió que unas fuertes manos le asían por la cintura y lo elevaban en alto. Miró hacia abajo, dándose cuenta de que era el gorila el que, con toda facilidad, le izaba para que pudiera asomar el rostro por el ventanuco.

—Qué, ¿ves lo que hay afuera? —rió Teflat.

Kid tragó saliva antes de poder contestar. Luego dijo:

—Ya es suficiente; ahora lo entiendo todo.

Horrar volvió a dejarlo en el suelo y entonces el joven se volvió, necesitando apoyarse en la pared, pues las piernas se negaban a sostenerle.

En el escaso tiempo que había permanecido arriba había visto más que suficiente para darse cuenta de que se hallaban en las ergástulas del circo que antes viera desde el aire. Compactas brigadas de obreros estaban dando los últimos toques al enorme anfiteatro, cuyo colosalismo parecía aún más imponente desde el mismo nivel de la arena donde los prisioneros deberían combatir por su vida.

—¡Cielos! —exclamó, cuando al fin hubo recobrado el uso de la palabra—. De modo que es aquí donde estamos.

Teflat asintió, sonriendo horriblemente:

—Sí —dijo—. Ahora, aquí, y pasado mañana ahí afuera. De momento, Kid, somos amigos. Haz que la suerte no nos convierta en enemigos porque, aun lamentándolo mucho, no tendré compasión de ti.

El joven miró estupefacto al hombre-araña.

—Así que tú y yo podemos estar luchando a muerte dentro de dos días.

—Justamente, Kid; o con aquél con quien la suerte te enfrente. Pero no te preocupes ahora; ya tendrás tiempo de hacerlo cuando saltemos a la arena.

La preocupación de la suerte que iba a correr impidió al joven pensar, de momento, en otras cosas. Dijo:

—¿Qué clase de armas se emplean en estos combates, Teflat?

—Oh, las hay de todas clases. Espadas, lanzas, cuchillos, arcos y flechas...

—Arcos y flechas —repitió Kid, absorto.

—Sí; uno de los contendientes tiene su arco y su flecha; sólo una flecha, en tanto que el otro está con las manos desnudas.

—¡Diablos! —respingó Kid—. Eso no me parece justo.

—Es que disparan el arco por turno. Si por ejemplo, te toca a ti en segundo lugar, te atarán por el cuello a un largo cable sujeto al suelo. Tienes que moverte incesantemente, para no fijar el blanco a tu enemigo. Y éste, por contra, afinar la puntería, pues si no te acierta con su única flecha, pasa a ocupar tu puesto.

Kid torció el gesto:

—¿Y si no me toca esa clase de combate?

—¡Hay tantos medios de morir en los juegos...! —dijo Teflat.

—Pero alguno consigue sobrevivir, ¿no?

Teflat se echó a reír.

—Sí —dijo con sangrienta ironía—. Uno de cada mil o cada dos mil. Aquí, en Athedar, no están contentos si no ven una verdadera hecatombe.

Kid se acordó involuntariamente de sus lecturas sobre historia, en la época del Imperio Romano, y comparó su situación con la de los gladiadores que peleaban ante Nerón en el Circo Máximo.

—¿Sólo esa clase de armas usan? —dijo al cabo.

—Están también los carros falcados.

—¿Qué es eso?

—Verás —dijo Teflat, quien, por lo visto, gozaba con la descripción que estaba haciendo a Kid de lo que iban a ser los juegos—. Después de que has salido indemne de las armas cortas, lo que ya es tener muy buena suerte, tienes que enfrentarte con los carros falcados.

—¿También se adjudican éstos por sorteo?

—Oh, no, nada de eso —denegó Teflat vivamente—. Los carros falcados van conducidos por miembros de la guardia Imperial que tienen ganas de divertirse un poco y, de paso, hacer méritos ante Worszer. Son unos carros tirados por tres unicornios, y en sus ejes llevan una especie de alfanje o cuchilla, sumamente afilado, de más de dos metros de largo, capaz de partir en dos el cuerpo de un hombre como si fuera de mantequilla.

—De modo que los guardias de su majestad tienen ganas de divertirse, ¿eh? —masculló el joven—. ¿Y qué ocurriría si, por ejemplo, yo consigo saltar a uno de los carros?

—Para ello, primero tienes que arrojarle el único venablo que te dan. Es un milagro que aciertes, pero si consigues saltar a la plataforma del carro aún tienes que desembarazarte de tu enemigo. Sólo entonces puedes considerarte como salvado.

El joven se pasó maquinalmente una mano por la garganta.

—Después te soltarán en libertad, ¿no?

Teflat se echó a reír.

—Hasta llegar ahí tienes que hacer muchas cosas, centaurino. Pero tú pareces joven y fuerte y creo que eres muy capaz de salir adelante.

—Pudiera ser —murmuró Kid, tratando de ocultar el desfallecimiento que sentía tras haber escuchado aquellas noticias tan poco agradables —. Sin embargo, nunca he manejado un arma de las que tú has dicho,

Teflat.

El hombre-araña se encogió de hombros:

—Peor para ti, entonces. Es una lástima que no te hubieran traído aquí una semana antes, porque entonces yo hubiera podido proporcionarte alguna enseñanza, durante los entrenamientos que hemos estado haciendo. Ahora ya no puede ser, porque no quieren que combatamos hasta el día de los juegos, a fin de estar frescos y descansados y, además, evitar lesiones estúpidas que podrían restarles un combatiente.

—Sí, claro —murmuró Kid, pensativo.

De repente se dio cuenta con asombro de algo que, con la sorpresa de su nueva situación, le había pasado inadvertido.

Preguntó:

—Oye, Teflat, ¿cómo es que tú y yo, hablando distintas lenguas, nos entendemos con tanta facilidad?

El hombre-araña se echó a reír.

—Oh, es que aquí, en Athedar, son muy considerados con sus gladiadores. Todas las ergástulas están provistas de traductoras automáticas.

—Tendremos que agradecerles este detalle —dijo Kid secamente.

Teflat torció los labios.

—No tal —dijo—. Era una broma, Kid; en realidad, nos consideran poco menos que como bestias. Lo hacen porque de esta forma escuchan nuestras conversaciones.

Kid hizo un gesto de asentimiento, y luego, bruscamente, se dejó resbalar, quedando sentado en el suelo.

Guardó silencio durante largo rato, sumido en sus propios pensamientos, sin hacer el menor caso de la incesante charla de sus compañeros de reclusión. Sus recuerdos fueron en primer lugar hacia Karlen, a quien, deliberadamente, no había querido nombrar. ¿Cumpliría la muchacha su palabra de liberarlo?

Le asaltó la idea de que acaso Worszer la engañase diciéndole que ya lo había enviado de vuelta a su planeta. Pero ella había dicho que

quería despedirlo en el espaciopuerto. ¿Se conformaría Karlen con la palabra del emperador? Estos pensamientos empezaron a torturarle el cerebro de tal forma que, sin poderse contener, se puso en pie, comenzando a pasearse como un león enjaulado midiendo a grandes pasos el suelo de la ergástula, sin que por más esfuerzos que hacía consiguiera librarse de aquel tormento mental.

Transcurrieron varias horas y de pronto la puerta se abrió, dejando ver en su umbral un par de soldados escoltando a un hombre que traía en las manos algo que parecía ser como una bandeja con comida.

Una fenomenal algarabía se originó al instante y todos los prisioneros se abalanzaron hacia la puerta. Pero Kid fue de los más rápidos y, por encima del hombro del esclavo, gritó dirigiéndose a uno de los soldados:

—¡Tú, ve a avisar a Karlen inmediatamente! ¡Dile que su amigo Kid, el centaurino, está encerrado y quiere verle con urgencia!

El soldado frunció el ceño:

—¿Karlen? ¿Quién es? ¡Jamás la he oído nombrar en todos los días de mi vida!

—Es la prometida del emperador Worszer. Ve y díselo, pronto: ella te dará sin duda una buena recompensa.

—Estás chiflado, centaurino —dijo desdeñosamente el soldado—. Su Majestad está prometido y pronto se va a casar, ciertamente; pero no con esa Karlen que tu dices. La prometida del emperador se llama Henya, ¿entiendes?

Las palabras del guardia impactaron fuertemente contra el cerebro del joven, quien en los primeros momentos se negó a creer en lo que estaba escuchando.

Quiso volver a hablar con el soldado, pero ya había terminado la distribución de la comida y la puerta se cerró, antes de que pudiera añadir una sola palabra.

Consternado por la noticia, Kid se dejó caer al suelo, atónito, terriblemente estupefacto, pensando en que acaso estaba sufriendo una pesadilla de la cual no tardaría mucho en despertarse.

Sin embargo, la presencia a su lado de Teflat, el repugnante hombre-araña, le hizo ver que, efectivamente, todo era realidad y muy amarga

además.

Una de las manos de Teflat tenía en ella una especie de torta oscura que alargó al joven.

—Toma y come, Kid —le dijo el hombre-araña—. Te conviene para estar fuerte el día de los juegos.

Kid sacudió la cabeza.

—¿Para qué? De todas formas, no espero salir con vida, de modo que me es lo mismo comer que morirme de hambre.

Teflat se encogió de hombros y, sin más preámbulos, empezó a devorar aquella torta que debía estar muy sabrosa a juzgar por los gestos de satisfacción que hacía el hombre-araña.

Sin embargo, cuando se hizo de noche, espoleado por el apetito, Kid comió, encontrando aquel alimento, aunque un tanto insípido, muy nutritivo y que, a pesar de su reducido tamaño, calmaba el apetito del más exigente. Durmió con relativa tranquilidad, tirado en un rincón. A la mañana siguiente despertó a la hora del desayuno, de análoga composición a la de la cena.

Veinticuatro horas más tarde, se dio la señal para que salieran a la arena. Previamente se había hecho el sorteo de armas y distribuido las que correspondían a cada uno de ellos, encontrándose Kid con que, de momento, tendría que servir de blanco para el tirador de arco. Su oponente era Gor, el hombre de una sola pierna, quien le arrojó una malévola mirada apenas se enteró del gladiador que iba a ser su primer blanco.

Una vez todos dispuestos, les hicieron salir de la ergástula, conduciéndoles bajo la atenta vigilancia de innumerables soldados, todos ellos armados con sus bastones neurónicos, a una inmensa cúpula situada bajo el anfiteatro, en la que se iban reuniendo en compactas columnas, cada una de ellas correspondiendo a una clase de arma, todos los individuos que debían combatir por su propia vida.

La cúpula era inmensa y Kid calculó en cuatro o cinco mil gladiadores, al menos, los que se hallaban bajo ella, aparte de los custodios, que serían casi otros tantos. El rumor de las conversaciones rebotaba bajo las arriesgadas curvas de las cúpulas, pero no era lo suficientemente fuerte, sin embargo, para apagar el gigantesco murmullo que partía de las gradas del anfiteatro, repletas por dos millones de personas, ávidas de ver correr la sangre.

Un atronador toque de trompetas dio la señal de partida. Un par de gigantescos batientes de acero, se deslizaron silenciosamente a ambos lados de la enorme puerta de salida, por la cual, con paso acompasado, empezaron a salir los gladiadores. Kid al lado de Gor, y los dos en las primeras filas de la enorme columna.

Kid parpadeó un poco hasta acostumbrarse a la violenta iluminación del anfiteatro. Luego, a medida que iba caminando y cruzando la arena en dirección al palco Imperial, fue observando el inenarrable espectáculo que en aquel momento se desarrollaba ante sus ojos.

Las gigantescas gradas del anfiteatro parecían desarrollarse hasta tocar casi las blancas nubes que flotaban perezosamente en el violento azul del cielo. Todas ellas estaban ocupadas por una masa espesa, compacta, que prorrumpió en un unánime alarido al ver aparecer en la arena las primeras hileras de combatientes.

El joven se dio cuenta también de que la inmensa mayoría de los espectadores iban provistos de unas galas de extraña factura y llegó a suponer, acertadamente, que eran unos cómodos prismáticos que se colocaban para ver mejor las escenas que se iban a desarrollar en la arena. Después, de modo instintivo, volvió su vista al frente, hacia el palco que, decorado de suntuosa manera, presidía el circo y en el que se veía multitud de personajes lujosamente ataviados, rodeando a otros dos, que Kid supuso debían ser el emperador y su prometida.

No podía distinguir sus facciones.

Poco a poco fueron acercándose al lado opuesto. El palco estaba situado al borde del muro que rodeaba la arena, a unos diez metros escasos por encima de ésta, y frente a él se veían varias hileras de postes de treinta o cuarenta cada una; cada poste mediría unos cincuenta o sesenta centímetros de altura como máximo, estando separados entre sí por media docena de metros al menos.

Al llegar a la primera hilera de postes, la columna de gladiadores se detuvo. Kid también lo hizo y, en el mismo momento, le pareció que le golpeaban la cabeza con un pesado mazo, tal fue el impacto emocional.

No fue porque viera en el palco Imperial a Karlen, riquísimamente vestida, riendo tranquilamente con varios de los cortesanos que la rodeaban; no fue tampoco por el esplendor de las joyas que lucía y que casi podía decir la sofocaban bajo su peso; nada de esto tuvo que ver con el choque que sufrió el joven.

La causa de aquel impacto emocional fue el emperador, Worszer, el cual, apoyado de codos en el antepecho, contemplaba indiferentemente el desfile. Kid lo reconoció al instante, pese a haber transcurrido quince años desde que viera a aquel hombre por última vez.

¿Cómo era posible?

¿Cómo era posible que Leif Gutvson, su tercer oficial, el hombre que provocara el motín a bordo de su cosmonave, hubiera progresado tanto como para llegar a ser el emperador de un mundo como Athedar?

¡Era incomprensible!

Sus miradas parecieron afectar el cerebro de Worszer porque, súbitamente, éste buscó entre la multitud de gladiadores que tenía bajo sus pies hasta que sus ojos encontraron a Kid.

Se miraron fijamente.

Worszer se estremeció como si hubiera sufrido una descarga eléctrica y, sin poderse contener, se irguió, retrocediendo en su asiento.

A su lado, Karlen se dio cuenta del gesto de su prometido y se volvió hacia él, inquiriendo las causas. En aquel momento, un rugido de rabia se escapaba de los labios de Kid.

Los puños del joven se crisparon y, fuera de sí, enloquecido de ira, trató de saltar violentamente hacia adelante.

Pero en aquel momento, algo le ciñó el cuello con duro contacto, deteniendo su acción en seco.

CAPÍTULO VIII

Se dio también cuenta Karlen de la presencia del joven en la arena, pero sus ojos no revelaron el menor signo delator de haberle reconocido. Por el contrario, se acercó solícita a Worszer tratando de inquirir las causas que habían motivado su malestar.

Worszer la rechazó con un gesto descortés y, haciendo un ademán con la mano, hizo que se le acercase uno de sus cortesanos, con el cual sostuvo una conversación en voz baja, al mismo tiempo que señalaba hacia Kid.

Todo esto fue presenciado por el joven, en tanto que unos auxiliares le sujetaban al cuello una argolla de blando cuero, o al menos así se lo pareció. La argolla iba unida a un cable de unos cinco o seis metros de longitud, cuya otra extremidad estaba sujeta a la cúspide de uno de los postes, de tal modo que el prisionero pudiera moverse con cierta libertad en torno a éste.

En tanto que acababan de sujetarle, Kid pensó en la increíble serie de circunstancias que había debido sucederse para que, a su conclusión, Gutvson, su tercer oficial, hubiera llegado a ceñir la corona Imperial de Athedar. ¿Qué diabólicas artes había desarrollado aquel hombre para lograr tal fin?

No pudo seguir pensando; su atención fue llamada de inmediato por un fuerte tirón que alguien dio al cable y que, cogiéndole desprevenido, le hizo rodar por el polvo, en medio de las risas de los espectadores del palco Imperial, entre los cuales no se quedaba a la zaga la propia Karlen.

¡Karlen! El corazón le dolió en el pecho a Kid al ver a la muchacha, tranquila, feliz, tan olvidada de él como si jamás le hubiera conocido, como si gracias a sus esfuerzos no hubiera salvado la vida de los gravísimos peligros que habían corrido. Y, además, ¿qué fenomenal embrollo era aquel que le había dicho el soldado? ¿Cómo se llamaba ella definitivamente? ¿Karlen o Henya?

Alguien le golpeó rudamente en un costado.

—Levántate, tú —le increparon, y, por la forma de percibir el sonido, se dio cuenta de que, diseminadas por el anfiteatro y aun por la arena misma, debía haber multitud de máquinas traductoras, a fin de que todos aquellos esclavos, de tan distintas razas y lenguajes, pudieran tener un idioma común para poder entenderse.

Kid se levantó pesadamente al mismo tiempo que unas colosales trompas atronaban el aire con sus sonidos. Advirtió que era la señal del comienzo de los juegos y, aun lamentándolo, hubo de desviar su atención del palco Imperial.

Gor estaba frente a él, a unos veinticinco metros de distancia, armado con un arco que más parecía una ballesta y una sola flecha. Una

desagradable sonrisa distendió los labios del hombre, en tanto tensaba la cuerda de su arco.

—¡Eh, centaurino! —le gritó—. Vete despidiendo de la vida. Aunque sea lo último que haga, quiero disfrutar traspasando con mi flecha a uno de esos orgullosos terrestres.

Kid no contestó nada, muy ocupado en calcular el riesgo de posibilidades que tenía de salir con vida de la aventura. Retrocedió todo lo que pudo, hasta que el cable que le unía al poste se atirantó y luego clavó sus ojos en Gor.

Éste estaba cargando su arma.

La flecha era simplemente una varilla de metal muy duro, de un metro de longitud, en la que el penacho de plumas que servía para mantenerla en dirección correcta durante su trayectoria había sido substituido por cuatro ranuras practicadas a lo largo de toda su estructura. El arco parecía casi una ballesta, y su culata era exactamente la de un fusil corriente, de tal modo que era muy fácil tomar puntería con aquel arma, cuya potencia parecía ser tremenda a juzgar por la forma en que estaba construido.

A espaldas del joven sonó el rugido de la multitud cuando los primeros combates con otro género de armas se iniciaron. Sonaron los primeros aullidos de agonía y también se oyeron las primeras notas musicales de los arcos al ser disparados. Pero los ojos del joven estaban fijos en los de Gor, más que en el arma que éste sostenía.

Kid empezó a oscilar a derecha e izquierda, procurando dificultar así la acción de su enemigo, de cuya boca no se borraba la cruel sonrisa que se había fijado desde el comienzo de los juegos. Vio la punta de la flecha seguir todos sus movimientos y el cuerpo empezó a cubrírsele de un sudor frío.

Los ojos de Kid se fijaron en las acciones de Gor. Vio tensarse los músculos de sus brazos y aguardó de un momento a otro el disparo fatal. De pronto, se detuvo quieto un segundo y, al siguiente, saltó a su derecha.

¡Ssssh...!

La vira de acero zumbó rabiosamente por su costado, yendo a clavarse en la arena a espaldas suyas, a una docena de metros. Kid respiró aliviado, pensando en que Gor había fallado su golpe y que ahora le correspondía a él el turno de disparar.

Pero se equivocaba. Algo cayó de las alturas, brillando ominosamente bajo el cielo de Athedar, rebotando un par de veces antes de quedar inmóvil junto al único pie de Gor. Éste, que había palidecido al darse cuenta de su golpe fallido, lanzó un rugido de alegría.

Kid se mordió los labios de ira. Antes, había abrigado una leve duda sobre si Worszer le había reconocido o no; pero ahora, al ver el gesto del emperador, proveyendo, contra todas las reglas, de un nuevo proyectil a su contrincante, todas sus vacilaciones desaparecieron. Worszer sabía quién era y le interesaba su eliminación, al precio que fuera.

En el palco Imperial nadie protestó; antes bien, al contrario, rieron estruendosamente la gracia de su emperador. Karlen la primera de todos. Con un gesto de enorme satisfacción, Gor colocó la muesca de la saeta en la cuerda de la ballesta, tensando luego el arco.

El joven ahogó una imprecación. Cerca de él, un gladiador se desplomó, atenazando con manos convulsas la flecha que le sobresalía del vientre. El desgraciado pataleó unos instantes antes de inmovilizarse definitivamente. Más a su izquierda, alguien lanzó un ronco aullido al sentir su garganta traspasada de parte a parte por un mortífero proyectil de acero.

Gor tomó puntería por segunda vez. Su ojo derecho miró por encima de la saeta, siguiendo implacablemente todos los movimientos de Kid, sin descomponerse por las tretas que éste trataba de poner en juego para esquivar el golpe fatal.

Cuando estuvo seguro de que no podía fallar, Gor disparó. La saeta voló rauda por los aires, rozando el costado izquierdo del joven, en el que trazó una raya carmesí.

Kid se mordió los labios, tratando de contener el dolor y luego se irguió, mirando desafiador al palco Imperial, como retando a Worszer con su expresión de ira y desprecio a arrojar una segunda flecha a Gor.

Pero ni aun el mismo emperador podía seguir quebrantando por mucho tiempo las reglas inmutables de unos juegos como aquellos. Nadie hizo nada en esta ocasión, y así, uno de los auxiliares desató a Kid, que, con tranquilo gesto, recogió una de las flechas.

En tanto se dirigía a ocupar su puesto, sopesó la flecha con la mano. No miro al palco, sino únicamente a Gor, quien le arrojó a la cara la ballesta.

—Trata de acertarme a la primera, centaurino —mascullóel individuo —. Yo no te daré cuartel si fallas.

—Ya me he dado cuenta de ello —contestó reposadamente el joven, en tanto disponía el arco, colocando la vira en el alvéolo por donde corría antes de ser lanzada al espacio.

Kid arrojó una mirada al circo, estremeciéndose de espanto al darse cuenta de la cantidad de cuerpos tendidos que cubría la arena. Por todas partes a donde alcanzaba su vista podían verse miles de seres de todas las razas y tamaños, peleando despiadadamente, matando y haciéndose matar sin darse cuartel, luchando como fieras.

¿Y él tenía que ser uno de ellos? El pecho le hirvió de cólera al verse convertido en lo que calificó de asesino en potencia. O mataba o le mataban, no le quedaba otra alternativa.

Sí, sí podía hacer otra cosa. A nadie se le había ocurrido, pero él lo haría.

Sin pensárselo dos veces, puso su repentina idea en práctica. Bruscamente, giró sobre sus talones, al mismo tiempo que apoyaba en el hombro la culata de su ballesta y tomaba puntería hacia el palco Imperial.

Worszer se puso en pie, palideciendo en un segundo, al mismo tiempo que su mano se crispaba sobre los pliegues de su riquísima túnica. La saeta partió rauda, velocísima.

Pero en el mismo instante que el joven disparaba, alguien interpuso un objeto ante el emperador. Huldin, su ministro de seguridad, colocó un escudo ante el pecho de Worszer, contra el cual rebotó la flecha con metálico tañido, cayendo después al suelo.

Kid pudo percibir claramente el grito de espanto de la muchacha. Asimismo, los aduladores cortesanos que rodeaban al emperador lanzaron sendos gritos de horror al presenciar lo que ellos consideraban un crimen imperdonable. En cuanto a los demás gladiadores que aún quedaban vivos, se inmovilizaron, aturdidos y estupefactos por aquel gesto completamente inesperado del joven.

Después de haber adquirido la blancura del mármol, el rostro de Worszer tomó un tinte purpúreo. Señalando con el índice hacia Kid, dijo algo que el joven no entendió.

Al instante un par de esbirros saltó a la arena, arrojándose sobre él y

arrebatándole el arco.

A empujones, le llevaron hacia una puertecita que había al pie del muro, por la cual le hicieron cruzar, ascendiendo después una escalera que daba al palco Imperial.

Kid se detuvo ante el emperador, que le miró con una expresión de benigna curiosidad. Karlen, a su lado, también le contemplaba, pero pareciendo disgustada y aun asqueada por la cercana presencia de un esclavo como lo era el joven en aquellos instantes.

—Has querido matarme, esclavo —dijo Worszer, al cabo de unos momentos—. ¿Por qué?

—Demasiado lo sabes, Leif Gutvson —contestó Kid.

Worszer frunció el ceño.

—¿Leif Gutvson? ¿Por qué me das ese nombre, esclavo?

—Yo no soy ningún esclavo, en primer lugar —dijo altivamente el joven—. En segundo, me llamo John Basehart, aunque era más conocido por el apodo de Kid. Y mandaba una cosmonave, en la cual tú eras el tercer oficial, que se sublevó, amotinando a la tripulación y desterrándome a mí a un planeta, sin duda porque entonces no tuviste el suficiente valor para hacerme matar.

Worszer frunció el ceño.

—¿Qué historia es ésa que estás contando, esclavo? Huldin —y se volvió hacia su ministro de Seguridad—, ¿has oído tú nada semejante?

Huldin se inclinó deferentemente hacia el emperador.

—Confieso que no, mi señor. No obstante, conviene ser indulgente con este joven centaurino, a quien, sin duda, el terror de verse en la arena sujeto a una lucha a muerte, ha alterado la normalidad de sus pensamientos.

—¡Un cuerno, loco yo! —gritó Kid—. Eso que estoy diciendo es la pura verdad, y Worszer lo sabe tan bien como yo, es un impostor. Lo mismo que esa... esa mujer que tiene a su lado, con la lengua partida como la de una serpiente, ¿dónde están tus promesas, di, Karlen?

Y sin poderse contener, ciego de cólera, Kid escupió en dirección a la muchacha, la cual lanzó una exclamación de horror y espanto al

mismo tiempo.

Worszer se puso en pie.

—¡Basta! —gritó con voz tonante—. ¡Basta ya, esclavo! He podido tolerar el atentado que hiciste contra mi vida, y aun los insultos que dirigiste a mi persona; pero lo que no puedo permitir en modo alguno es que insultes a mi prometida Henya. ¡Capitán Gorry!

El interpelado se acercó, saludándole.

—¿Majestad?

—Llévate a este esclavo a los sótanos y que lo decapiten inmediatamente.

Dos soldados se abalanzaron inmediatamente contra Kid, sujetándolo por los brazos antes de que el joven pudiera reaccionar. Pero en aquel momento, Karlen lanzó un fuerte grito.

—¡No! ¡Esperad!

Todos los rostros se volvieron hacia la joven, cuyo esbelto seno resaltaba bajo la blanca túnica que le cubría el cuerpo, subiendo y bajando a impulsos de una respiración acelerada. El rostro de la muchacha estaba teñido de carmín y era evidente que en su pecho se albergaban en aquellos momentos mil encontrados sentimientos.

—Mi señor —dijo, volviéndose hacia Worszer—, es cierto que este esclavo ha pecado, no contra mí, sino contra ti, el emperador de Athedar. Pero ¿no crees que una muerte así, como la que has dispuesto, por muy justa que pueda parecer, sería algo muy rápido y de lo cual no podríamos disfrutar nosotros? ¿No sería más divertido que antes de morir nos entretuviese con unos cuantos saltos y cabriolas? Además —sonrió diabólicamente la muchacha—, tu pueblo te estaría mucho más agradecido porque le proporcionarías un espectáculo de nuevo género, ¿no te parece?

Worszer se acarició la barbita que ornaba su mentón, en tanto escuchaba a la joven. Cuando ella terminó de hablar, la miró un instante fijamente y luego se echó a reír, al mismo tiempo que volvía sus ojos hacia los de Kid.

—Sí —dijo al cabo, lentamente—, sería una buena idea. Tu vida sería una vida inútil y desperdiciada cortándola ahí abajo, a escondidas de todo el mundo. Pero, ¿qué podríamos hacer para que la cosa saliera

más divertida?

Huldin se inclinó, servilmente hacia Worszer.

—Si mi señor lo permite, puedo sugerirle el duelo sobre la plancha. Es algo que hace mucho tiempo no se ve en Athedar y creo que la muchedumbre te lo agradecería infinito, señor.

Worszer batió palmas con gesto lleno de alegría.

—¡Estupendo! —gritó—. Huldin, eres magnífico. ¿Qué haría yo sin ti? Sí, que se lleven a este esclavo inmediatamente y que le busquen un contrincante digno de su talla. Eres —y miró a Kid especulativamente —, fuerte y robusto, y sin duda darás mucho juego, proporcionándonos un magnífico espectáculo. Kid, lucha por tu vida; no tendremos compasión esta vez.

—Tampoco yo la he pedido —contestó el joven desdeñosamente.

Apartó de un manotón a los esbirros que pretendían sujetarle y, sin conceder una mirada a Karlen, salió del palco Imperial.

Le condujeron abajo, a las ergástulas, donde le quitaron las ropas, dejándole únicamente con unos breves «shorts», y armándolo después con una espada larga y recta. Después, le hicieron salir a la arena.

Los auxiliares estaban despejando el suelo de los cuerpos de los que habían muerto en el combate. Numerosos carros recogían los cadáveres de los gladiadores, llevándoselos de la arena, en tanto que los que todavía sobrevivían eran apartados y hechos colocar al pie del muro que circundaba el terreno de combate.

Los guardias que le custodiaban le hicieron caminar hasta el centro de la arena, al mismo tiempo que por el lado opuesto, otra pareja de soldados conducía a su enemigo. Hubo unos momentos de silencio y luego, cuando la muchedumbre se dio cuenta del plato que se le iba a ofrecer, lanzó un colosal rugido de entusiasmo que hizo temblar las gradas del circo.

Y Kid no pudo evitar que las piernas le temblasen, tanto por el contrincante que le había caído en suerte, como por la forma tan singular en que se había de desarrollar el duelo.

CAPÍTULO IX

El rival de Kid en el duelo que iba a entablarse era Horrar, el gorila, en cuya mano derecha sostenía otra espada análoga a la suya. Esto hubiera sido, en cierto modo, lo de menos, a no ser por la desigualdad existente entre las estaturas de ambos, pues Horrar le llevaba más de un metro y, en proporción, los miembros eran mucho más largos, con lo cual Kid se encontraba en franca desventaja con su enemigo, aparte de su absoluto desconocimiento de la esgrima. Sin embargo, tales desventajas le hubieran parecido al joven insignificantes, si el combate se hubiera desarrollado en un sitio normal y corriente. Pero el lugar en donde iba a celebrarse, carecía en absoluto de normalidad.

El suelo se descorrió a ambos lados, dejando ver un ancho hueco de veinte metros de lado por doce de ancho, en forma rectangular. El hueco estaba cubierto de agua hasta un metro de su borde, y en el líquido, cuya profundidad calculó el joven en cinco o seis más, nadaban perezosamente infinidad de unos animales que Kid supuso en un principio crías de serpiente acuática o algo por el estilo.

Los animales eran negros, de unos cuarenta centímetros de largo por cinco a lo sumo de grueso, y su cuerpo se estremecía en siniestras ondulaciones en tanto que, en manadas, iban de un lado a otro de la piscina en que se encontraban. Kid calculó el número de ellos en un millar al menos y, de momento, no concedió gran importancia al hecho de que el duelo hubiera de celebrarse sobre una estrecha banda de veinte centímetros de anchura que cruzaba la piscina de lado a lado, dejando en ella apenas espacio suficiente para colocar los pies.

Pero, de repente, ocurrió algo que heló la sangre en las venas del joven, a pesar de la elevada temperatura que reinaba en el centro del anfiteatro.

Dos hombres vinieron con un cadáver en brazos. Al llegar al borde de la piscina, sin más preámbulos, arrojaron el cuerpo del gladiador muerto al agua.

Instantáneamente, el líquido comenzó a burbujear y hervir. Las serpientes se lanzaron al asalto de aquel cuerpo que se les ofrecía como alimento, rodeándolo literalmente, de tal modo que, en pocos segundos, lo ocultaron totalmente bajo su espesa masa.

Kid observó fascinado el horrendo espectáculo, no pudiendo evitar un estremecimiento de horror y asco a la vez. Los peces aquellos, o las

serpientes, porque parecían gozar de las características de ambos, se peleaban furiosamente por la posesión de un bocado de carne y, si no lo encontraban, no dudaban en atacarse mutuamente, destrozándose con sus afiladísimos dientes, capaces de cortar un dedo limpiamente, sin el menor esfuerzo.

Aquello duró sólo unos pocos minutos, al cabo de los cuales, la masa de fieras se disolvió, dejando tras sí la espantosa visión de un esqueleto humano, completamente desprovisto de toda brizna de carne, limpio y mondo como si lo hubieran preparado para su exhibición en una cátedra de Anatomía.

El joven se dio cuenta de que el sudor le corría a chorros por el rostro y, maquinalmente, se pasó el antebrazo por la frente. Pero no pudo estarse quieto mucho rato.

Alguien le empujó reciamente por detrás.

—¡Vamos, tú, a pelear!

Kid tragó saliva y puso un pie sobre la estrecha plancha y luego el otro. Mentalmente deseó que, si era vencido, Horrar le asestase un golpe definitivo. Sería espantoso caer a la piscina todavía con vida y ser devorado con pleno conocimiento de lo que le sucedía.

Avanzó lentamente, asentando el pie en la plancha a cada paso; la plancha osciló ligeramente a consecuencia del peso que la recargaba. Bajo ellos, los peces carniceros se movieron en bandadas, siguiendo ávidamente el avance de los combatientes, insatisfechos del banquete que acababan de darse.

Al llegar al centro de la plancha, que había cedido un tanto, curvándose hasta quedar sólo a escasos centímetros del agua, Kid se detuvo. Empuñó la espada con fuerza y clavó su mirada en la de Horrar.

La boca del gorila se torció en un gesto macabro.

—Lo siento, centaurino —dijo Horrar—, pero entre tú y yo, la elección no es dudosa. ¿Has manejado alguna vez la espada, Kid?

La negativa le salió al joven de modo maquinal, antes de que pudiera detener su gesto. Horrar dijo entonces:

—No puedes luchar conmigo, Kid. Lo mejor sería que te dejases cortar la cabeza; así no sentirías nada cuando cayeses al agua, un golpe, un

solo golpe, y te ahorrarías muchos sufrimientos.

Kid apretó los labios.

—No vendas la piel del león antes de haberlo cazado, Horrar. Sé que tengo muy pocas probabilidades de salir adelante... pero ven por mí.

Los afilados colmillos del gorila rechinaron de rabia. Sus pies, que siendo como era un simio, eran realmente manos, se aferraron con fuerza a la plancha, en tanto que avanzaba cautelosamente hacia su antagonista.

Kid no tenía ninguna esperanza de salir con vida de aquel atolladero en que le había metido la vesania de Worszer. No obstante, decidió hacer todo cuanto fuera posible por salvarse y así, de modo milagroso, pudo parar la primera y furiosa estocada que le dirigía Horrar.

El hombre-simio gruñó entre dientes. Fintó hacia el costado derecho del joven, tirándose luego a fondo. Kid, con una agilidad que no se hubiera supuesto a sí mismo, se inclinó, arrodillándose con el pecho casi pegado a la plancha, al mismo tiempo que avanzaba su mano derecha.

Estuvo acertado.

Percibió claramente la sensación de haber hecho blanco. Horrar retrocedió un paso, lanzando un colérico rugido, al mismo tiempo que se miraba el muslo, del que brotaba un arroyo de sangre por la herida que había abierto la espada de su antagonista.

Un clamor unánime brotó de la multitud. Kid notó que la tenía a favor suyo, como el más débil de los dos combatientes, y esto no dejó de infundirle ánimos.

Sin embargo, no se dejó arrastrar por el optimismo. La herida que le había causado a Horrar apenas si era mayor que un pinchazo y si el hombre-mono estaba furioso se debía más en sí al hecho humillante de haber sido alcanzado que no al dolor propiamente dicho.

—Te voy a ensartar como un pajarito —masculló airado Horrar, volviéndose a tirar a fondo.

La muñeca de Kid se dobló al parar aquella terrible estocada y por un segundo vio la centelleante hoja de la espada de Horrar a un dedo de su garganta. Contraatacó, con cierta prudencia, pero su enemigo, pese a su reciedumbre, era agilísimo y con un hábil salto hacia atrás, en el

que se ayudó no poco con sus manos inferiores, logró esquivar el golpe que le dirigía el joven.

La tabla se cimbreó bruscamente, provocando una vacilación de Kid, que hubo de recurrir a toda su habilidad para mantenerse en pie sobre ella. Horrar captó el detalle y con una satánica sonrisa de alegría pintada en su simiesco rostro, empezó a dar grandes saltos sobre la plancha, con ánimo de arrojar al joven a las aguas donde, voraces, aguardaban aquellos terribles animales.

Kid apoyó una rodilla en la tabla con objeto de conservar mejor el equilibrio. Horrar, viendo que su táctica no le había dado fruto alguno, se lanzó nuevamente al ataque.

Ahora levantó la espada sobre su cabeza, empuñándola con ambas manos con ánimo, sin duda, de partir en dos a su rival. Pero, en el último momento, cuando Kid levantaba la suya para defenderse de aquel furioso mandoble, varió la dirección de su golpe.

Fue un milagro que Kid pudiera esquivar aquel tajo. Lo paró como pudo, pero la fuerza del mandoble era tal que, cogiéndole la espada por cerca de la empuñadura, se la hizo volar por los aires, dejándole la muñeca dolorida, sin fuerza alguna.

Una fría sonrisa de satisfacción apareció en el rostro de Horrar. Éste, sin vacilar, aprovechándose de que su rival había quedado desarmado, se tiró a fondo.

Kid no se lo pensó dos veces. La rapidez de los movimientos de Horrar era enorme, pero los suyos lo fueron mucho más. Por la expresión de los ojos del hombre-simio adivinó lo que éste iba a hacer y, en el momento oportuno, se arrojó hacia adelante, ejecutando un impecable «plongeon».

La espada de Horrar pasó por encima de su hombro, en tanto que él quedaba debajo de su antagonista. Horrar falló el golpe y, perdiendo bruscamente el equilibrio, rodó hacia adelante, pasando por encima de Kid.

El hombre-simio lanzó un gemido de angustia al darse cuenta de su desgraciado gesto. Soltó la espada, para asirse con las cuatro manos a la plancha, pero su ímpetu había sido demasiado y rodó de costado.

En el último momento, consiguió asirse a la plancha, haciéndola oscilar violentísimamente, con dos de sus manos, una superior y otra inferior. Pero la pierna derecha le quedó dentro del agua, y al

instante, media docena de salvajes animalillos se abalanzaron sobre aquella presa que se les ofrecía tan tentadora.

Horrar lanzó un gemido de suprema angustia al sentir las feroces mordeduras de aquellos peces en su extremidad. La sacó un momento del agua y Kid pudo darse cuenta de que, en medio de la sangre que chorreaba, ya blanqueaba uno de los huesos de la misma.

Los aullidos de dolor de Horrar fueron apagados por el rugido de alegría de la multitud. El hombre-simio intentó mantenerse un segundo sobre la plancha, pero también tenía otra mano en el agua y al sacarla se vio que de la misma colgaban cuatro o cinco pececillos que mordían en ella furiosamente.

El vivísimo dolor, más que nada, venció al fin al hombre-mono. Girando sobre sí mismo, se zambulló en el agua de la piscina, en donde, al instante, se produjo un siniestro burbujeo.

Aferrándose con ambas manos a la oscilante plancha, Kid presenció horrorizado aquel sangriento espectáculo. Enloquecido por el dolor de saberse devorado vivo, Horrar hizo un poderoso esfuerzo, sacando medio cuerpo fuera del agua. El joven cerró un momento los ojos para no ver la horrenda escena.

Todo el cuerpo del hombre-simio estaba literalmente cubierto de aquellos ferocísimos peces, que mordían con terrible furia en sus carnes. El agua, convertida en un líquido rojo en aquel sector, hervía literalmente.

Horrar se hundió bajo la superficie de la piscina y sus movimientos fueron apagándose poco a poco. Sólo se vio una burbujeante masa de bestezuelas que devoraban implacablemente su presa, de la cual, pocos momentos más tarde, sólo quedaban unos huesos mondos y lirondos.

Atenazado su estómago por una cruel náusea, Kid se puso lentamente en pie, mirando hacia el palco Imperial. La distancia era excesiva y carecía de lentes de aproximación, por lo que hubo de limitarse a deducir lo que allí ocurría.

Un sordo murmullo se elevó de entre la multitud. El murmullo fue creciendo poco a poco, hasta convertirse en un griterío general, que tenía mucho de amenaza.

Kid pudo ver algunos puños dirigiéndose hacia el palco Imperial. Algunos soldados se acercaron a la piscina y durante unos momentos,

el joven temió ser arrojado vivo al agua.

Pero no ocurrió nada de lo que pensaba. En lugar de ello, un oficial le hizo señas de que saliera de la plancha.

Kid obedeció, respirando con infinito alivio al verse fuera de aquel peligrosísimo lugar. Las compuertas que ocultaban la piscina se cerraron silenciosamente, ocultando tras su opacidad el mundo de horror que latía bajo ellas.

—El gran Worszer se ha dignado perdonarte la vida, centaurino —dijo el oficial—. Pero a la tarde deberás combatir de nuevo.

Una amarga mueca que quería ser una sonrisa apareció en el rostro del joven.

—Ese canalla juzga que no ha tenido diversión suficiente conmigo, ¿verdad?

—¡No hables así de nuestro emperador! —gritó el oficial, rojo de cólera—. Ahora te deja la vida, pero sólo para que más tarde pelees contra sus guerreros montados en los carros falcados.

Kid se encogió de hombros

—No debería tomarse tanto trabajo conmigo. Me fatiga mucho, ¿sabes?

—¡Vamos, a la ergástula! —le conminó el oficial, al mismo tiempo que un tropel de guardias empujaba a los gladiadores supervivientes hacia el lugar indicado.

Al encontrarse de nuevo en su calabozo, Kid vio que el número de sus habitantes había disminuido en la mitad. Teflat y Gor, sin embargo, formaban parte de los supervivientes, y el primero le palmeó a cuatro manos la espalda, cosa que no dejó de impresionarle desagradablemente.

—Te has portado como un valiente —le dijo el hombre-araña—. Diciendo la verdad, cuando te vi sobre la plancha, no daba un solo centavo por tu pellejo.

—De momento, lo tengo intacto —masculló el joven—. A la tarde veremos.

Teflat torció el gesto.

Explicó:

—Esto es ya un poco más difícil, Kid. Hay que luchar con un venablo contra un enemigo que dispone de un carro, tres unicornios salvajes y dos cuchillas en las ruedas, capaces de cortarte el cuerpo en dos como si fuera de blanda mantequilla. Hay que ser sumamente hábil para salir con vida de este combate.

El joven se encogió de hombros, en un gesto elocuentemente indiferente.

—¡Bah! Tanto me da ya —dijo—. Al menos, si me alcanza una de esas cuchillas, mi muerte será instantánea y sin padecimientos. No será como la que tuvo el pobre Horrar.

—No lo creas así, Kid —objetó Teflat—. A veces sólo se pierde una pierna.

—Pero entonces, otro carro viene y te aplasta —dijo Gor, silencioso hasta entonces, tomando baza en la conversación.

—En resumen —murmuró Kid—, que no tenemos salvación.

El silencio que observó el hombre-araña fue una elocuente respuesta para Kid, el cual no quiso insistir sobre el mismo tema. Debiendo reservarse sus fuerzas, se sentó en el suelo a descansar, y no se movió de allí excepto para tomar la torta que les entregaron a guisa de comida.

Estaba terminándola cuando, de pronto, se abrió la puerta de la celda. Un soldado apareció en el umbral y gritó:

—¡Kid, de Centauro!

El joven se puso en pie, altamente sorprendido al oír su nombre. Con paso renuente se acercó a la puerta, al otro lado de la cual pudo ver una enlutada figura cubierta de pies a cabeza, incluso el rostro completamente tapado por un espeso velo del mismo color.

—Dejadnos solos —dijo la mujer y los soldados se apartaron respetuosamente a unos metros de distancia.

El velo cayó y Kid no se sorprendió gran cosa de reconocer a Karlen.

El lindo rostro de la muchacha reflejaba una expresión de dolor y pena que, sin embargo, no consiguió impresionar gran cosa el espíritu

de su oponente.

—¡Kid! —exclamó ella.

—¿Has venido a regodearte con mi situación, Karlen? Perdón, olvidaba que ése no es tu nombre. Henya es el auténtico, ¿verdad? —repuso él con duro sarcasmo en la voz.

—Por favor, Kid —le rogó ella, apoyando una mano en su brazo—. Te ruego que no creas lo que ves. Yo...

El joven exhaló una irónica carcajada.

—Por lo visto, mi pelea sobre la piscina y los simpáticos peces carniceros fueron sólo una pesadilla, ¿verdad?

—¡Por favor! —repitió ella, haciendo un gesto de impaciencia—. No seas así, Kid. He venido a ayudarte.

—¿Sí? —arqueó él una ceja—. Seguro que traes en la mano el pasaje para la Tierra, ¿no? ¿O me vas a procurar algún ungüento mágico que me haga completamente invulnerable a las cuchillas de los carros falcados?

Los ojos de Karlen centellearon.

—No puedo sacarte de aquí, Kid —dijo—. Worszer me ha traicionado, incumpliendo la palabra prometida. Sin embargo, puedo decirte una cosa, que a poca habilidad que tengas por tu parte, saldrás sano y salvo del combate que te aguarda para dentro de pocos minutos.

Kid hizo un gesto de desdén. Dijo:

—Soy un esclavo y debo escuchar a la futura emperatriz de Athedar. Habla.

Ella explicó:

—Es muy corto lo que tengo que decirte. Procura saltar a uno de los carros y cuando lo hayas conseguido, mira hacia el palco Imperial. ¿Querrás hacer lo que te pido?

Kid le miró despectivamente.

—¿Sólo eso? ¿He de mirar al palco donde estarás tú y ese canalla, descuidando la vigilancia de mis contrincantes?

El minúsculo piececito de Karlen golpeó impaciente el suelo.

—Haz lo que te digo, Kid. Y no olvides en ningún momento una cosa.

Los ojos de la muchacha centellearon en tanto que su busto se inclinaba hacia adelante.

—«Todavía» —recalcó la palabra de modo significativo—, no soy la emperatriz.

Dicho esto, se envolvió de nuevo en el velo y, sin añadir media palabra más, dio media vuelta, alejándose con paso firme y elástico.

Por unos instantes, Kid quedó en pie, en el umbral de la puerta, recapacitando sobre las palabras que acababa de escuchar. Pero muy pronto reaccionó cuando una mano, ahora con una consideración que antes no se había tenido con él, le empujó hacia adentro.

Teflat y Gor le acosaron a preguntas, pero el joven no quiso responderles. Permaneció sumido en un sombrío silencio, en hosca actitud, hasta que las trompetas señalaron la reanudación de los juegos.

Entonces, formando una columna mucho más reducida que antes, en unión de sus compañeros, volvió a salir a la arena.

CAPÍTULO X

Lentamente, con paso unánime, la columna de prisioneros, reducida a muchísimo menos de la mitad, fue haciendo su aparición en la arena, en medio de la tensa expectación de la muchedumbre, que aguardaba, regodeándose, el número fuerte del programa.

Cada uno de los luchadores había sido armado con un corto y pesado venablo de caza, un arma mortífera y efectiva bien empleada, pero que en la coyuntura actual dejaba muy pocas posibilidades de triunfo a su poseedor. La desventaja entre el conductor del carro y el individuo que peleaba a pie, era harto notoria y Kid se dijo que no debía hacerse muchas ilusiones acerca del resultado final de la lucha.

Los gladiadores fueron conducidos a uno de los lados del circo, en un

punto situado a dos tercios de su longitud total, frente por frente a una masa de carros que el joven calculó en un centenar al menos, alineados en tres o cuatro filas paralelas. Las cuchillas que iban sujetas a los ejes de las ruedas brillaban, despidiendo chispas de luz al ser herido su pulido metal por los rayos del sol de Athedar.

Varios de los guardias que hacían de auxiliares del combate fueron recorriendo las filas de los gladiadores, impartiendo instrucciones acerca de la forma en que se había de celebrar la pelea, al mismo tiempo que entregaban a cada uno su venablo. Aquella era la última oportunidad de los esclavos que estaban en la arena; el que consiguiera salvarse, trepando a un carro y arrojando fuera de éste a su conductor, podía decir fundadamente que ya había terminado de pelear.

Kid sopesó el venablo, buscando el centro de gravedad del arma. Era la primera vez que tenía en las manos un artefacto de aquéllos y se preguntó cómo podría utilizarlo contra un blanco móvil, que se desplazaría contra él a una velocidad no inferior a los cuarenta kilómetros a la hora.

Las trompas volvieron a sonar, imponiendo silencio. Un toque preventivo y a continuación el que daba la señal de comienzo.

Separado de sus compañeros por diez o doce metros de terreno al menos, Kid asentó los pies en la arena, empuñando fuertemente el venablo. Fijó sus ojos en la masa de carros que ya se ponía en movimiento.

El suelo trepidó bajo la pesadumbre de las pisadas de las bestias que tiraban de los carros, animales enteramente parecidos a los caballos, a excepción del larguísimo cuerno, terriblemente afilado, que les sobresalía más de un metro del centro de la frente. Poco a poco, los carros fueron ganando velocidad, hasta que los unicornios llegaron a un galope desenfrenado.

Uno de los carros se dirigió en línea recta hacia el joven. A pie firme, Kid aguardó la embestida.

El joven se fijó en el conductor del carro, un joven guerrero, cuyo único armamento era una espada como la que él había empuñado horas antes en su lucha contra el gorila, pendiente de su hombro por una banda que le cruzaba diagonalmente el pecho. El soldado parecía muy seguro de sí mismo, puesto que no se había molestado en desenvainar siquiera el acero.

Con terrible velocidad, el carro se le arrojó encima. Kid permaneció absolutamente inmóvil hasta el último momento y, cuando parecía inevitable el atropello, saltó a un lado.

Al mismo tiempo que saltaba, se zambullía echándose al suelo. Las ruedas del carro pasaron a cortísima distancia de su costado, pero sin tocarle. El joven se imaginó fácilmente la cara que pondría su antagonista al fallar su primer golpe, pero no tenía mucho tiempo para andarse con consideraciones y medio se sentó en la arena, oteando velozmente en torno a él.

A corta distancia, la cuchilla de una rueda atrapó a uno de los luchadores, segándole las piernas con toda limpieza. El individuo se desplomó al suelo, en medio de un lago de sangre, lanzando agudísimos gritos. El conductor del carro sofrenó la marcha de sus bestias y. haciéndolas girar en redondo, volvió a la carga, haciendo pasar las ruedas por encima del cuerpo del desgraciado, cuyos movimientos cesaron instantáneamente.

Nubes de polvo empezaron a elevarse lentamente del suelo, como consecuencia de las carreras de los vehículos. Kid se puso en pie y aguardó la segunda embestida de su enemigo, teniendo aún el venablo en la mano.

El soldado se le arrojó encima, acicateando ferozmente a sus unicornios. Los ojos del guerrero echaban llamas y era evidente que se hallaba irritadísimo por haber sido burlado de un modo en apariencia tan sencillo.

Nuevamente aguardó Kid la acometida de su enemigo y nuevamente supo esquivarla de la misma forma que la vez anterior. Pero ahora ya no se estuvo quieto sino que, sin dejar de vigilar el resto de la arena, por si recibía el ataque de otro carro, fue retrocediendo, buscando una mejor posición para la puesta en práctica de sus planes.

Tuvo que lanzarse al suelo para esquivar la arremetida de otro carro, pero se levantó una vez más, acercándose al muro que rodeaba la arena. El guerrero que le había tocado en suerte andaba buscándole y al descubrirle, agitó las riendas de sus bestias de tiro.

Los carros continuaban corriendo por todas partes. Algunos de ellos, ciegos sus conductores por el ansia de atrapar una víctima, habían chocado con terrible violencia entre sí y sus conductores atravesados instantáneamente por los venablos de los esclavos. Sin embargo, el rival de Kid parecía ser un conductor habilísimo, puesto que,

sorteando toda clase de obstáculos, consiguió acercarse de nuevo al joven.

Kid continuó sus movimientos de retroceso, balanceando adelante y atrás el venablo, como disponiéndose a lanzarlo. El carro tomó velocidad hasta desarrollar el máximo.

Kid retrocedió más todavía, hasta advertir la pared a unos diez o doce metros de distancia. Entonces aguardó.

Con terrible ímpetu, el carro se le echó encima.

El joven repitió la estratagema de las ocasiones anteriores, pero ahora no se estuvo quieto.

Apenas sintió que le había pasado por encima de su cuerpo la cuchilla, se incorporó de un salto, con una sonrisa de triunfo retratada en su rostro.

Había sucedido exactamente lo que él se había propuesto. Al quedar a tan escasa distancia del muro, cortaba la salida a los unicornios, los cuales, sin necesidad de la mano de su conductor, se detuvieron, piafando y encabritándose, al mismo tiempo que relinchaban fuertemente, buscando el modo de ir a un lado o a otro.

El guerrero tiró de las riendas para sacar el carro de aquel atolladero. Los unicornios volvieron a encabritarse, haciendo retroceder el carro violentamente. Su conductor vaciló y trastabilló, perdiendo parcialmente el equilibrio.

Éste fue el momento elegido por Kid para lanzarse al ataque. En dos saltos recorrió el espacio que le separaba del carro, a cuya plataforma trepó en el momento en que su ocupante, dándose cuenta de que era atacado, intentaba desenvainar la espada.

Pero no lo pudo conseguir. El brazo izquierdo de Kid le rodeó la garganta, presionándosela cruelmente, al mismo tiempo que con la otra mano le hacía soltar la empuñadura del arma. La rodilla de Kid se clavó en la espina dorsal del individuo y éste lanzó un gemido de angustia.

Kid levantó su puño derecho y golpeó el cráneo de su antagonista, detrás de la oreja. Las piernas del guerrero se aflojaron instantáneamente.

Antes de que cayera al suelo, ya el joven le había despojado de la

banda con la espada, que colgó de su propio hombro. Con el pie arrojó al inconsciente guerrero fuera del vehículo y entonces, sin mas, tomó las riendas.

Azuzó a las bestias con la voz y el gesto y los unicornios, espantados, partieron al galope. Durante unos momentos, corrieron de un modo errático, sin rumbo, hasta que Kid les tomó la medida y entonces, de un modo suave, pero imperativo, les hizo galopar por donde a él le convenía.

El joven recorrió la periferia de la arena a toda velocidad, dando la vuelta al anfiteatro, al mismo tiempo que procuraba esquivar los lugares donde las aglomeraciones podían estorbarle el paso. Vio a Teflat, el hombre-araña, conduciendo otro carro, exultante de satisfacción por haber salido libre y, en aquel momento, se le ocurrió una idea.

—¡Sígueme, Teflat! —le gritó, y el hombre-araña, obediente, sin preguntar los motivos, hizo lo que le decían.

Los dos carros, el uno tras el otro, devanaron la curva del anfiteatro con tremenda velocidad. Poco a poco, fueron ganando terreno y acercándose al palco Imperial.

Los ojos de Kid estaban fijos en aquel punto. ¿Qué había querido decir Karlen con sus palabras? ¿De qué modo le iba a proporcionar la muchacha la salvación?

Lo vio unos segundos más tarde, cuando ya se encontraba a menos de cincuenta metros del palco. Del antepecho de éste, hasta casi tocar la arena, pendían unos pesados tapices, ricamente ornamentados y que servían a modo de adorno del palco, además de para señalarlo y diferenciarlo del resto. Todos los ocupantes habían adelantado el busto, tratando de ver mejor lo que ocurría, sin comprender los motivos de la extraña forma de actuar del joven.

En aquel momento, algo serpenteó por los aires, yendo a caer luego contra los tapices. Era un pesado cordón, terminado en una gran borla, que quedó por unos segundos oscilando fuertemente en el aire.

El joven comprendió instantáneamente lo que ocurría y no se lo pensó dos veces. Tiró de las riendas hacia su derecha, hasta que la cuchilla de aquel lado raspó chirriantemente la pared, con un horrendo y desagradable sonido y, en el momento justo, saltó fuera del carro, con las manos extendidas.

Atrapó el cordón con férrea presa. Se balanceó de un lado para otro, como una araña pendiente de su hilo, y luego, cuando se sintió un poco más seguro, empezó a trepar velozmente por el cordón hacia arriba.

Lo hizo con tal rapidez, de modo tan inesperado, que cuando los ocupantes del palco quisieron reaccionar, ya estaba él pasando una de sus piernas por el antepecho. En el momento de posar sus pies en el suelo del palco, desenvainó la espada con rápido gesto.

Mientras tanto, Teflat, tras él, había ejecutado una maniobra similar, que le resultó infinitamente más fácil, debido a sus ocho manos. Con fantástica agilidad, moviendo las manos de una forma que era imposible seguir sus gestos con la vista, el hombre-araña trepó por los cortinajes, saltando igualmente al palco.

Apenas hubo conseguido sus propósitos, Kid se arrojó sobre Worszer, tomándolo con la mano izquierda por el cuello, en tanto que apoyaba la punta de su espada sobre el pecho de su enemigo. Con el rabillo del ojo vio algunos movimientos entre los cortesanos que rodeaban al emperador y, curándose en salud, lanzó un grito de advertencia:

—¡Que nadie se mueva si no queréis ver a vuestro emperador ensartado como un pollito!

Por su parte, el hombre-araña apartó a manotazos a algunos de los guerreros que estaban más próximos, abriendo ancho claro entre los ocupantes del palco, de modo que sólo quedasen ellos reunidos en grupo, además de Karlen, cuyo rostro aparecía pálido, pero en modo alguno temeroso.

Alguien lanzó un agudo grito.

—¡La guardia! ¡Quieren matar al emperador!

Kid miró al ministro de Seguridad, el cual trataba de atraer a aquel lugar a algunos de sus esbirros. Dijo:

—Huldin, todo el mundo quieto. El próximo gesto hostil servirá para que empuje la espada a fondo, ¿me has entendido?

Al mismo tiempo que hablaba, hizo un ademán de acuerdo con sus palabras y al sentir la presión del acero sobre su pecho, Worszer exhaló un gemido de angustia.

—¡No, no! ¡Quedaos todos quietos! ¡Será mejor para todos!

—¡Eso me parece actuar con sensatez! —dijo el joven—. ¡Capitán Gorry!

Un hombre se destacó de entre el grupo de aterrorizados cortesanos que presenciaban la escena sin atreverse a intervenir. El silencio en el circo era absoluto y Kid se sabía contemplado por cuatro millones de pupilas, cuyos dueños aguardaban expectantes el término de aquel acto tan singular.

—Estoy aquí, centaurino —dijo Gorry—. ¿Qué quieres de mí?

—No te conozco, pero te estimo persona sensata y poco amiga de dobleces.

—Es cierto —reconoció Gorry—. Puedes hablar tranquilamente; yo cuidaré de que nadie te interrumpa.

—Gracias, capitán —dijo el joven—. Verás, este hombre que se hace llamar vuestro emperador era tercer oficial de mi cosmonave mercante, en la que por codicia provocó un motín entre su tripulación sublevándose y desterrándome luego a mí en un planeta desierto en el que permanecí durante quince años. Cómo ha podido llegar a un puesto tan elevado, es algo que ignoro por completo, pero sí puedo asegurar que si alguna vez hubo alguien que se llamara Worszer, ése no puede ser el hombre que tenéis delante y cuyo nombre legitimo es Leif Gutvson.

Las palabras de Kid causaron la natural sensación entre los concurrentes, a pesar de que, horas antes, ya le habían oído acusar de impostor a Worszer. Pero ahora estaban dichas con tal acento de energía y veracidad que fueron muy pocos los que se atrevieron a dudar de ellas.

—¡Confiesa que es cierto! —rugió el joven, empujando la espada hacia adelante—. ¡Confiesa o te atravieso!

Gruesas gotas de sudor empezaron a rodar por el lívido rostro de Worszer. Balbució:

—Sí… yo… yo soy Leif Gutvson… y es una impostura lo que… lo que estoy haciendo aquí… Worszer murió y…

—¿Como? ¿De qué manera? —gritó Gorry, encolerizado.

Los ojos del falso emperador voltearon espantados en sus órbitas.

—Yo... yo no fui... Llegué a Athedar después de haberme apoderado de la nave del capitán Basehart... Huldin me vio entonces y se dio cuenta de mi exacto parecido físico con Worszer. Entonces... hizo asesinar a éste y me colocó a mí en su puesto... Huldin tiene la ambición del poder ilimitado, pero permaneciendo en la sombra...

Un rugido de fiera herida se oyó entonces.

—¡Miserable! —gritó el ministro de Seguridad.

—¡Fuiste tú! —chilló el falso emperador—. Te enteraste del motín que yo había provocado y me obligaste a aceptar este papel, so pena de entregarme a las autoridades de la Tierra. También hiciste asesinar a los padres de Karlen, o Henya, porque se oponían a los designios y sospechaban la verdad de todo.

—Pero a ti no te disgustaba casarte con la muchacha, ¿verdad? —dijo Huldin rechinando los dientes.

Gorry hizo un gesto de asco.

—¡Traidores! —escupió—. Sufriréis los dos la pena que os corresponde. De ello me encargo yo, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Una fría sonrisa apareció en el rostro de Huldin.

—Todavía tengo una carta que jugar —dijo, y de pronto, sin previo aviso, tomó a Karlen por el talle, al mismo tiempo que sacaba un puñal de entre los pliegues de su ropa y colocaba la punta en la garganta de la muchacha.

—Ni un solo movimiento o la degüello —dijo Huldin, con concentrados acentos de odio.

La acción del ministro de Seguridad había sido tan rápida, tan inesperada, que nadie pudo hacer nada por evitarla. Huldin añadió:

—Me la voy a llevar conmigo y ella me servirá de salvaguarda. Que nadie se mueva o morirá instantáneamente.

Kid se mordió los labios, impotente, inerme, a pesar de tener la espada en la mano, mas, a pesar de todo, no retiró el arma del pecho de su enemigo. Mientras tanto, Huldin empezó a retroceder, arrastrando a Karlen consigo.

De pronto, alguien se puso en movimiento. Sus gestos fueron tan rápidos que resultaban imposibles de ser seguidos con la vista. Teflat no desmintió con su acción el apodo de hombre-araña que tan bien le cuadraba.

Dos de las manos de Teflat sujetaron férreamente el brazo armado de Huldin, al mismo tiempo que sus afiladísimas uñas se le clavaban profundamente en la carne. El malvado lanzó un gemido de angustia y de dolor.

Para el hombre-araña fue cosa relativamente fácil apartarlo de la muchacha. Con sus cuatro manos izquierdas lo echó a un lado, haciéndole trastabillar y perder el equilibrio y luego juntando las cuatro manos derechas en un solo haz, las movió rapidísimamente de arriba a abajo.

Huldin lanzó un agudísimo grito de dolor al sentir su cuerpo rasgado en toda su longitud. Cayó al suelo, pataleante, pero Teflat no lo dejó allí mucho tiempo. Tomándolo en brazos, lo levantó sobre su cabeza, de modo que todo el mundo pudiera verlo y luego lo arrojó a la arena.

En aquel momento, Kid sintió un fuerte empujón que lo arrojó contra el antepecho del palco. La escena que se acababa de desarrollar había atraído de tal modo su atención, que había llegado a olvidarse por completo de que tenía a Worszer frente a sí.

El falsario tomó el cordón que antes utilizara el joven, descendiendo por él a la arena, en un fútil y alocado intento de huir a su destino. Pero Gorry fue más rápido y de un solo tajo de su espada cortó el cordón.

Worszer rodó por la arena.

A veinte metros de distancia, un tiro de unicornios se espantó por la caída casi simultánea de aquellos dos cuerpos.

Asustadas, las bestias arrancaron a un fuerte galope tirando del carro al que estaban uncidas.

Worszer se dio cuenta del peligro que le amenazaba e intentó huir de él. Quiso tirarse al suelo y dejar pasar por encima de su cuerpo la cuchilla, pero el golpe le había restado facilidad de movimientos.

Kid cerró los ojos para no ver el horrendo fin de su antiguo enemigo, partido limpiamente en dos por la afiladísima cuchilla del carro. El grito que había empezado a brotar de la garganta de Worszer fue

cortado en seco, de modo rotundo.

Kid se volvió, hallándose frente a la muchacha. Un momento se contemplaron los dos, de modo extático y luego, con gesto simultáneo, se arrojaron el uno en brazos del otro.

* * *

La escotilla de la nave se abrió suavemente. Kid bajó primero, ayudando luego a Karlen a hacer lo mismo.

Contemplando el esplendente paisaje que les rodeaba, Kid extendió los brazos, inspirando profundamente una gran bocanada de aire.

—¡Al fin! —exclamó—. Al fin hemos llegado donde yo quería.

Ronroneando como una gata, Karlen se le acercó, apoyando su cabeza en el hombro del amado.

—Después de todos los peligros que has pasado, esto te parecerá un sueño, ¿no es así, amado mío?

—Desde luego —repuso el joven—; pero ¿eran necesarios?

—Necesitaba derrocar a Worszer —contestó ella, mirándole de soslayo, y Kid se echó a reír.

—Afortunadamente, todo ha pasado ya, cariño. Pero por nada del mundo querría volver a repetir la experiencia. Sin embargo, no he podido explicarme del todo por qué tu parecías hallarte tan contenta y satisfecha allá, en el palco de Worszer.

—Tenía que obrar así, para adormecer las sospechas de Huldin. Éste tenía alguna idea de que mis padres me habían confiado el secreto de la impostura de Gutvson y, no atreviéndose a matarme declaradamente, pensó que lo mejor que podía ocurrir era que yo me convirtiera en la esposa del emperador.

—Bien —suspiró Kid—, todo ha terminado ya. Ahora nos toca a nosotros, Karlen.

—¿Sí? —murmuró ella.

—Sí. Mira, estamos en Elíseo. Han terminado nuestros padecimientos y ahora empieza nuestro Edén. Aquí viviremos y moriremos, juntos y

unidos siempre, siempre.

—Siempre —repitió ella dulcemente, levantando su rostro hacia el de Kid.

Y éste, amorosamente, besó los frescos labios de su esposa, en tanto que, a pocos pasos de distancia, un enorme y extraño animal, que respondía al nombre de «Jeny», les contemplaba pacíficamente.

FIN



Escena de SATÉLITE EN EL CIELO, de Warner Bros